

# ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONARQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

Se publica los días 5, 13, 20 y 28 de cada mes, desde el 5 de mayo de 1869.

PRECIOS DE LA SUSCRICION EN MADRID Y PROVINCIAS: Cincuenta reales a' año, ó trece reales trimestre, suscribiéndose en la imprenta de *La Esperanza* ó en la administracion de la *Revista*, calle del Barco, núm. 9 primero, cuarto tercero, dirigiendo la correspondencia á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y Editor de la misma. En las librerías, ó por medio de los comisionados (cuya lista se halla en las cubiertas del primer tomo de la *Revista*), cuesta sesenta reales al año, ó diez y seis por trimestre.

## SUMARIO.

Pedazos de pan, y capítulos de catecismo, por el Excmo. é Illmo. señor Obispo de Jaen.—Algunas reflexiones sobre el partido carlista (conclusion), por D. Valentin Gomez.—Crónica de la guerra: Ruptura de las negociaciones de paz: circular de M. Favre: viaje de M. Thiers: los vendeanos y bretones: varios encuentros cerca de Paris: rendicion de Strasburgo: continúa la anarquía en Lyon y Marsella.—Revista de la semana.—Crónica general del mundo.—Parte oficial de la *Gaceta*.—Suelto.—Advertencia.—Anuncios.—Ademas, con el presente número se reparte el pliego 5.º (16 páginas) de la obra titulada *Arqueologia cristiana española*, escrita por D. Ramon Vinader.

### PEDAZOS DE PAN, Y CAPÍTULOS DE CATECISMO.

Constantemente afanados en buscar soluciones prácticas á embrolladas cuestiones, suele apelarse á planes de economía política estudiada por el método de un racionalismo sin entrañas, y entendida á manera de quien deshace un cadáver sujeto á la autopsia. No se piensa mas que en líneas, en puntos, en agregar y partir, sin cuidarse de la caridad, ni aun de la justicia, datos necesarios en materia de socorros; y aun sería de desear que apareciese inculpable ante la crítica economista quien terciara en el debate repartiendo limosna. ¡Cuántas veces se califican de *proteccion á la vagancia*, y de estorbo natural á la accion previsora de los gobiernos, las obras de caridad ejercidas por los buenos cristianos! Y quienes tales cosas dicen, jamás abogan por reclutar en levas á tantos perdidos como escandalizan los pueblos.

Sin embargo, es cosa probada, y resuelta definitivamente por el buen criterio, que nada adelantamos con haber otorgado al pueblo, entre otros derechos espresos, el de vagar á su capricho; antes bien, volvemos muy atrás en todo género de arbitrios cuando no vienen en auxilio de nuestros apuros los pedazos de pan y las lecciones de doctrina cristiana. Solo que estas cosas no cuadran á las grandes agencias que, bajo el especioso título de *carrera administrativa*, reclaman para sí el montar oficinas, llevar la contabilidad y precaverse de torpezas y de malversacion de intereses por medio de la accion cautelosa de la gobernacion suprema. De este modo se cortan abusos inveterados, se previenen males sin cuento, y así la orfandad como el anciano y el desvalido, quedan al amparo de un libro de caja donde cada individuo lleva su alta y baja, señalado y nombrado con su número correspondiente. Se le llama número 6, 9, ó 23,

como en prenda de que tiene un lugar que no puede ocupar, ni el inmediato á él, ni otro que venga de afuera. En su virtud, hay aritmética en los asilos, aunque no abunden las raciones de carne, ni las tazas de caldo; que la otra pequeñez de consuelos espirituales bien puede suplirse con unas lecciones de música ó de paso regular.

Mas como el hombre tiene propia condicion, mas nalterable que desearian los utopistas, sucede que ha de alimentarse en cuerpo y en espíritu, si ha de vivir la doble vida material y moral. Y para esto no basta decirle ni que es soberano, ni que lleva uniforme vistoso, ni que será feliz en determinada época, y puestos casos y circunstancias. Es preciso darle de comer y adoctrinarle en buenos principios de moralidad: cosa que ni se hace por medio de reglamentos, ni se consigue con ensayos ó imitaciones de hospitales-modelos, ó de presidios-modelos. Bueno es el orden en todo; pero ha de tener por base los recursos y el crédito, que faltan á un tiempo allí donde impera la idea de empresa y de medros personales.

Ni la pobreza, que siempre la habrá en el mundo, pide de suyo estar recluida y apartada del paso de las gentes, á manera de leproso ó de apestado. Hay pobres que no pueden ni deben estar encerrados, y á quienes la sociedad entera es deudora muchas veces de beneficios en que no piensa la moderna afeminacion. El anciano baldado, que es padre de niñas que le asisten lavando ropa y labrando esparto, y á las que educó en el santo temor de Dios, enseñándolas á orar desde muy temprano y al cerrar la noche, y previniéndolas con prudente consejo contra los peligros del mundo, bien merece ser socorrido en casa, ser respetado en su pobre choza, y digno es de toda alabanza un modelo de tal especie, mil veces mas recomendable que los alumnos regimentados por maestros de *humanitarismo*, encargados, á lo que parece, de acabar con la honradez cristiana. Allí, en aquella casa de sufrimientos, donde el Catecismo hace prodigios domésticos, faltan pedazos de pan, no pesquisas de policia que acrediten el censo de la pobreza. Y si ejemplos de esta clase, que no son raros en las casas cristianas, fueran comunes en el mundo, de mas estarian las vulgaridades ridículas de la economía política. Ni aquel anciano, ni la viuda desolada que cuida á sus pequeñuelos sirviendo de casa en casa, y enviando sus hijos á mendigar el sustento diario, han de ir todos juntos

á casas de misericordia insuficientes á contenerlos, especialmente desde que las convirtió en benéficas la civilización moderna.

Pues bien: para atender á casos de esta naturaleza, hacen falta los pedazos de pan repartidos en las puertas de la calle, y las lecciones de doctrina cristiana dadas en la parroquia, en las porterías de los conventos, en las escuelas de barrio, y por boca de quienes dispensan la caridad de la limosna. Los mismos bienhechores ganan mucho con el roce de los mendigos. Al paso que merecen ante Dios y los hombres socorriendo y adoctrinando al pobre, aprenden ellos á reconocer en la miseria ajena los beneficios de que son deudores á la divina Providencia. De esa escuela salen los varones sobrios, modestos, tiernos y compasivos, como debe serlo el hombre cristiano. ¡Cuántas veces se abandonan mil vanos proyectos á vista de la indigencia! ¿Y no se desiste de concurrir en alguna ocasion, y por igual motivo, á espectáculos peligrosos? ¡Cuántos renunciarían á funestas disipaciones si vieran fluir las llagas del mendigo, y tocaran la mano yerta ó ulcerada del anciano encorvado! Semejante escuela en cuadros vivos y edificantes, fue siempre teatro de cristiano aprendizaje para las familias. De ordinario son los niños quienes llevan al mendigo el pedazo de pan, ó el desecho de frutas; y tambien suelen dar lo propio movidos de compasion ante el espectáculo del pequeñuelo que, lloroso y escuálido, va pegado al seno y agota la sangre de la nodriza desfallecida.

El mundo necesita ver estos cuadros y presenciar escenas de esta naturaleza. Indiferente á todo á causa del refinamiento en los goces materiales, y del lujo en los placeres, refiere á sí mismo todas las cosas; calcula los momentos de contentar sus pasiones extravagantes y de satisfacer sus criminales caprichos; pone al servicio de la liviandad sus rentas, y hasta el prestigio de los honores inmerecidos con que suele ver premiadas sus infidencias; somete á un egoísmo sensual las consideraciones públicas; y mirando con desden y viendo con repugnancia el cuadro de la miseria pública, llega á ser un monstruo de molicie. Reputa la desgracia digna de reclusion, y solo tiene halagos para corromper las familias y para seducir en mercado de iniquidad á la sencilla honradez. Gastado á causa del desorden de los sentidos, y muerto á la vida de espíritu, únicamente le asusta la decrepitud á que le redujo su ídolo el vicio. Quisiera servir perpetuamente á tan cruel señor; mas el vicio, inexorable por condicion, jamás perdona á su víctima: sale á su encuentro en todas partes, y entreteniéndola con engaños de vigor, hace como que la levanta, para mas burlarse de la impotencia en que la tiene sumida. ¡Juguete peligroso! Quería la pasion recrearse en veleidades asquerosas, y llegó á caer en una hebetud degradante. Ni siquiera tiene aliento para mirar á la risa y decir á la alegría: ¿por qué me engañais? *Risum reputavi errorem: et gaudio dixi: Quid frustra deceperis?* (Eccl., II, 2.) De seguro que no habria sucumbido de este modo quien, acercándose á la choza del pobre, oyendo sus clamores, viendo las privaciones que sufre en paciencia, estudiando cómo lleva los trabajos, las penalidades y miserias, hubiera limpiado el sudor al anciano desfallecido, y hubiera cubierto la desnudez de los pequeñuelos. Dando, á un tiem-

po que el socorro material, la limosna del buen consejo, siempre se lograron frutos de bendicion.

¡Esto, esto es lo que el mundo necesita! Desvanecido y soberbio, solo pone estudio en buscarse por el mundo exterior complacencias deleitosas, enemigas de la abnegacion y del sacrificio. No son ya *motitas de poca humildad*, de las que se lamentaba Santa Teresa de Jesus (1), lo que separa á la tierra del cielo; son montañas de vana elacion y de orgullo insensato lo que tiene apartadas las gentes de los caminos de Dios. *Lágrimas todo lo ganan; un agua trae otra*, decia la inimitable castellana (2); pero nuestro siglo no quiere ver lágrimas porque no quiere llorar, ni quiere apagar la sed del pobre con el agua de los consuelos. Tambien un abismo trae otro abismo, un diluvio llama á otro. El fin de los grandes desórdenes marcado está en la historia con señales de esterminio. Nunca, nunca se comprobaron malas cuentas con buenas razones.

Pero ¡ah! *tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo, y dar al espíritu*, en sentencia de la discreta Doctora (3), y Dios, que *es amigo de ánimas animosas*, segun linda espresion de la Santa, pone al mundo á merced de sus devaneos, y coloca las pasiones bajo el imperio de las tiranías que ellas mismas crean: desdichas tanto mas desastrosas, cuanto son labradas por la cobardía é imbecilidad de los *espíritus fuertes*. ¡Cuán cierto es que allí está la libertad donde reina el espíritu de Dios! Así es que á donde no domina como de asiento el espíritu cristiano, solo se oyen las risotadas del necio y el ruido de tempestades que consternan la tierra. *Quasi per risum stultus operatur scelus* (Prov., x, 23). Solo que para consuelo de los que sufren la tormenta de la impiedad, siempre va de paso. *Quasi tempestas transiens, non erit impius* (Id. id., 25). *Fortitudo simplicis via Domini* (Id. id., 29).

Mientras el mundo desdeñe la doctrina evangélica, andará vago de inquietud en inquietud y de sobresalto en sobresalto, buscando criminales placeres que enervan la vida y conturban las familias. Quien no se inclina ante las aras del sacrificio, mal rumbo lleva para acometer empresas laudables. Por eso caen á la vez los seducidos y los seductores, unos desesperados de alcanzar dichas soñadas, otros á mano airada de sus discípulos. No comprendieron que hay penalidades meritorias é ignominias gloriosas, como hay honras que deshonoran.

Ese doctorado funesto que sembró quimeras en el vasto campo de la credulidad imbécil y de la vulgaridad engreida, no tuvo la prevision de prevenir á las turbas contra la impaciencia del hambre y contra las iras de la pobreza. Debió sacar de su laboratorio un antídoto capaz de satisfacer privaciones ó caprichos, y de contentar ese género de murmuraciones sangrientas que intimidan en primer término á los directores de escena. Hizo todo lo contrario. Agotó los manantiales del socorro; desacreditó la limosna, motejándola de vagancia; llamó *servidumbre* á la virtud del trabajo; estableció el derecho al jornal; aduló á los miserables, prometiéndoles dichas, posicion y omnipotencia; redujo toda la enseñanza del

(1) *Vida de la Santa Madre Teresa de Jesus*, cap. xxii.

(2) *Ibid.*, *ibid.*, cap. xix.

(3) Cap. xiii.

pueblo á nociones turbulentas de un derecho bullicioso, nacido á cada hora y á cada evolucion de la palabra en el club ó en las plazuelas; concitó las pasiones de la muchedumbre, y escitó las iras del pueblo amotinado, lo mismo contra la autoridad que contra el ciudadano laborioso y el bienhechor pacífico; y cuando la embriaguez de licencia tenia en fermentacion odiosa las bandas que cruzaban de calle en calle y los pelotones formados en las avenidas, no quedó cosa en pie á impulso de un ¡mas! ¡mas! ¡adelante! ¡adelante! á que da origen el desorden lascivo de las gentes a'ucinadas. Lo de ayer queda hoy arrumbado. A la caída de la tarde se formará un nuevo poder que ha de resultar desechado á primera hora de la mañana: *et sic itur ad astra*.

No hay pedazos de pan con qué mantener á los seducidos, ni ellos quieren ya vivir de solo pan. A un tiempo se les privó de la doctrina y del sustento, en términos que en cuerpo y en espíritu quedaron á merced de propios esfuerzos, vanos en sí mismos, y con tendencia indeclinable á una desesperacion lastimosa, seguida del enervamiento que envilece.

Quién sea ahora el blanco de temerosas acometidas, declárelo el discreto lector. Trátase, no de opiniones ni de teorías, ni aun siquiera de tradiciones de partido. Lo que simplemente está en tela de juicio, es la vida y hacienda de los ciudadanos, sin embargo de los derechos, aunque ilegislables, escritos en forma constitucional.

Pues bien: los tiempos vienen, los tiempos se acercan. La desolacion anda su camino á dobles jornadas, sin tomar descanso aun en las altas horas de la noche. Aunque con divisa de honor, va armada de pies á cabeza; lleva uñas y dientes de hierro que todo lo devoran; tala, pisotea y reduce á polvo las fértiles campiñas y los bosques frondosos. Valles, colinas, aldeas, ciudades, montañas y caseríos, todo muda su aspecto de risueño en sombrío, y los pintorescos accidentes de la naturaleza, cubiertos con despojos de guerra, se tornan en osamentas que espantan. Se diria que allí está y por ahí pasan las iras del cielo, castigando las profanaciones del mundo, y que el Profeta Daniel habia dibujado la terrible escena, al delinear la imágen de la cuarta bestia. *Erat dissimilis valde ab omnibus, et terribilis nimis: dentes et ungues ejus ferrei: comedebat, et comminuebat, et reliqua pedibus suis conculcabat.* (Dan., VII, 19.)

Esponiendo nuestro compatriota Maldonado el capítulo VII, verso 7, del Profeta Daniel, repetido casi á la letra en el 19, discurre con delicada crítica y con vasta erudicion acerca de las vicisitudes de los reinos y de los imperios, para concluir luego diciendo, con referencia á los diez Reyes que allí se nombran, y en orden al imperio romano. *Sed prius videndum an jam fuerint, aut potius futuri sint. Nam si nondum extiterunt, expectandi potius, quam quærendi sunt, cum enim venerint, iis eos notis quas explicabimus, facile cognoscemus. Ego igitur nondum eos venisse arbitror.*.....

*Denique quia præterito tempore diligentissime quæsitos non invenio, futuros credo.*

En su virtud, ¿aparecerán pronto ó habrán aparecido ya esos Reyes que fija la Escritura en diez, número indefinido? Lo que Maldonado significaba como futuro, y que

no debia buscarse, sino esperarse, atendiendo, para conocerlo, á las señales con que Daniel marca tan formidable poder, ¿estaré acaso representado en la devastacion que ahora mismo contrista á las gentes? Estúdiense por los doctos y por los varones reflexivos el asunto en cuestion, y que haya al menos entre los hombres algunos que piensen cuerdamente é instruyan á los demas. Al efecto no dejen de meditar el comentario del admirable Jesuita; ¡que Maldonado siempre es Maldonado! ¡Siempre original! ¡Siempre grandel! *Maldonatus sui ubique similis, magnus ubique est*, dicen sus editores.

Por mi parte, ni he buscado los Reyes, ni siquiera el testo. Me ha venido á las manos esa letra misteriosa, que sorprende en sus hazañas á los tiempos presentes. Me parece ver y contar las figuras que andan en la tragedia, é imagino sentir el ruido de espantosa trituracion, producido por sus máquinas de guerra, por el galopar de sus escuadrones y por el estruendo de esas metralladas que aplastan edificios, desmoronan fortalezas, incendian ciudades y arrasan campamentos. Con todo, yo, como el Profeta, tengo por innominada esa bestia: ni la nombraria aun conociéndola distintamente. Conserve en hora buena el anónimo, ya que no podamos impedir sus estragos: Dios la envia de incógnito para que su presencia sea mas terrible en el mundo adormecido. Llámela otros por nombre de alguna nacion ó de naciones coaligadas, atendiendo, ya á las provocaciones, ya á las defensas, á la ambicion ó al cálculo. Es instrumento en las manos del Omnipotente, y Él juzgará despues á las mismas justicias. *Ego justitias judicabo*. Si ella no es, y no se llama la *cuarta bestia*, parece indiscutible que ni se asemeja á las otras, ni deja de cuadrarle el *Terribilis nimis* del Profeta.

Al lado de todo esto, y como por trasformacion maravillosa, el mundo sigue disipado en vanos pensamientos. Nada hay mas frecuente en la historia moderna que despreciar los abolengos, desdeñando razas antiguas, y tal vez nada hay mas reproducido en nuestros días que la creacion de emblemas, cruces y distinciones. Se comprende bien todo esto. Siendo la envidia natural inspirador de recelos, desconfianzas y asaltos, hará siempre en el mundo la horrible figura de Cain acechando la vida del hermano cuyas virtudes llamen la atencion pública, y cuyos merecimientos sean notorios.

Aspira ese cruel demonio á contristar á todo hombre honrado, poniendo sobre ilustres ascendencias señales de odio y mano airada, como si con este proceder entendiera haber rematado su víctima. Es negocio de celos crueles. Es simple negocio de iniquidad concentrada contra lo que de algun modo tiene forma noble de ser y de vivir. El hombre del pecado seguirá su camino de aversion, aborreciendo lo bueno y á los buenos, y tratando de avenirse con cuantos de alguna manera le auxilién en su obra de maldicion. El caso es que ni se hable de caridad ni se inculque la obediencia. Se busca á los díscolos y á los mal avenidos, escitándolos al desafuero, é irritando sus resentimientos, á fin de contentarlos en su misma desesperacion.

Por lo mismo la malignidad, que necesita un blanco á donde dirigir sus tiros, ó bien lo encuentra en la autoridad, objeto constante de sus odios, ó bien lo finge para combatir en sus invenciones las realidades que le estor-

ban. ¡Y claro es! Derecho nuevo, y nuevas tablas y recientes comentarios, tienden á borrar las huellas que el socorro cristiano ha dejado sobre la tierra. Ni sus profesores quieren consentir enhiestas antiguas banderas cuya sombra sirviese de proteccion á fueros que dan por caducados, sin mas razon que la de haber dicho el orgullo: *Hacedme lugar*. Esta observacion es una clave. Pues bien. Los títulos desaparecen, mas que heridos, calumniados, sirviendo de palanca para mil trastornos ruidosos alguna palabra de las que adopta la costumbre, aunque ellas, ni sean propias de la ciencia, ni de origen castizo en la gramática. Al efecto andará en el juego la mano diestra de la economía política, presentando temas de mayores honras y provechos en favor de los despojados y de los miserables. Se dirá al príncipe: *Vas á ser ídolo del pueblo*. Al marques se le dirá: *Serás prócer*. Se dirá al mayorazgo: *Serás árbitro de vender ó enajenar*. Y á la muchedumbre se la contentará con el anuncio de que el Estado es su verdadero tutor, y curador celoso de sus imprescriptibles derechos. Pero nada de pedazos de pan, nada de doctrina moral, ni de direccion y consejos.

Hasta aquí la jornada de la revolucion. Conocedora de la época y de los hombres, comprendió, sin mucho discurrir, que á un vulgo prevenido contra la enseñanza católica, hábilmente sometida á la crítica intencionada y al vilipendio profesional, era fácil hablarle de lo bueno y de lo malo sin que padeciera sorpresa, y persuadirle blandamente que en tiempo dado sería heredero universal, como si lo pasado y lo existente debiera venir á él por maravillosa reversion. ¡Manera sagaz de vulgarizar los trastornos manteniendo los ánimos en expectativa de mejor suerte! ¡Y tambien camino seguro de llegar al punto deseado! Ciertamente que el pueblo no logra lo que anhela. Pero ¿no lo han conseguido sus maestros? El caso era tomar para sí y en medida sin medida lo que se miraba con malos ojos en los demas, aprovechando al intento la docilidad de los creyentes modernos, fieles trasuntos del pueblo hebreo. *Nos autem sperabamus*. Y los seducidos, á modo de duros israelitas, desconocen el beneficio presente, soñando sin cesar en tiempos venturosos.

En tanto los doctores de la ley cambiaron su nombre de familia por el título de duques, condes y marqueses, muy satisfechos de haber adoctrinado al pueblo en las admirables teorías de la igualdad. Indudablemente que el pueblo está lisonjeado, porque al fin algo mas supone la idea de soberanía que un escudo de armas. Ahora, si vale mas, ó vale menos, ó, para hablar en lenguaje económico, si la soberanía es mas ó menos productiva que las titulaciones, quédese á la consideracion de personas competentes. Los profanos deben contentarse, cuando mas, con proponer temas á la reconocida ilustracion de los sacerdotes de la ciencia, que ellos sabrán responder.

Temible es ciertamente pasar de un cabo á otro juntando capítulos de culpas á títulos de honra. Por lo mismo, y para evitar saltos mortales, conviene no tomar en cuenta las causas, motivos y merecimientos, ni los lances y fechas de semejantes mercedes. Conviene tambien borrar de la memoria de las gentes el nombre de los muníficos dispensadores de tales gracias. ¡Basta, basta! No sea que, trayendo á colacion recuerdos, ahora

tan odiosos como placenteros en otro tiempo, vengan á la imaginacion ciertas especies de las que encienden las mejillas del hombre mas sufrido. Hay cosas que no las domina el carácter flemático.

Pedazos de pan, y capítulos de catecismo, y el mundo se habrá salvado.

EL OBISPO DE JAEN.

Fiesta del Santísimo Rosario, domingo 2 de octubre de 1870.



### ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL PARTIDO

CARLISTA (I).

#### III.

Hemos demostrado en el artículo anterior que el partido carlista no ha sido derrotado, ni mucho menos, por el gobierno del general Prim; que el partido carlista, cuyas fuerzas esencialmente populares son inmensas, no ha triunfado, humanamente hablando, por falta de coherencia en esas fuerzas; que no existe verdadera conspiracion carlista, y, por deducción de todo esto, podemos decir que el partido carlista triunfará en cuanto presente unidas todas sus fuerzas, ó en cuanto arme una verdadera conspiracion.

La honradez proverbial, la buena fe indiscutible y las acaso escesivas expansiones del corazon que distinguen al partido legitimista español, no son cualidades muy á propósito para conspirar. Hé aquí por qué decíamos en nuestro número anterior que no habia conspiradores en nuestro partido.

Pero ¿es absolutamente necesaria la conspiracion, en el sentido que vulgarmente se da á esta palabra, para lograr el triunfo? No: la prueba está en que el año de 1808 arrojaron nuestros padres al invasor francés sin previa conspiracion, solo con un arranque de patriotismo casi feroz, desesperado, como es propio de aquellos pueblos para quienes la fe de su alma es mil veces preferible á su propia existencia.

Para alcanzar aquello que se quiere, es preciso quererlo de veras, quererlo á toda costa, y con esta condicion no hay duda de que se alcanza siempre.

La conspiracion que se concentra en una sola mano, la cual lleva y ata todos los cabos, y con trabajo perseverante y con misterioso sigilo va venciendo las dificultades que se presentan, y en un dia dado, cuando menos se piensa, arroja sobre el enemigo todas las fuerzas que ha podido reunir, tiene grandes probabilidades de éxito, y si no triunfa, por de contado se hace respetar y temer, anunciando que hay una nube donde se forman cautelosamente formidables tormentas, rayos que cruzan la atmósfera de pronto, y que pueden caer y aniquilar á quien hieran.

Pero el arranque de un pueblo indignado que se levanta espontáneamente á combatir por su independencia ó por su fe, es irresistible siempre. Para que no triunfe necesita ese pueblo ser una Irlanda luchando contra una Inglaterra, ó una Polonia contra una Rusia. Estas luchas son tan extraordinariamente desiguales, que la victoria del débil es casi de todo punto imposible.

Partamos de una hipótesis probable. Supongamos que

(1) Véase el número 68, pág. 361.

mañana cae el gobierno de Prim, ó por un golpe de mano de los montpensieristas, ó por una insurreccion de los federales.

Demos que ya el duque de Montpensier toma el tren en Sevilla para venir á sentarse en el Trono ocupado no há mucho por su cuñada; ó que ya Paul y Joarizti, en una pequeña Convencion, piden la cabeza de los Figueras y Castelar, por gobernantes reaccionarios.

¿Cuál de los dos sistemas anteriores debia seguir el partido carlista? ¿El de la conspiracion, concentrada en una sola mano, misteriosa, astuta, subterránea, por decirlo así, ó el de un levantamiento general y espontáneo, cuya completa desorganizacion en el principio estuviese sobradamente compensada por la unanimidad de los sentimientos populares y por la decision de la resistencia?

No parece fácil contestar á semejante pregunta. Sin embargo, meditando un poco sobre el estado moral de nuestro pais y sobre las condiciones de los hombres militares del partido legitimista, será posible venir á una solucion quizás aceptable para todos.

Crear que la España de 1870 es como la España de 1808, seria formarse ilusiones demasiado halagüeñas y harto honrosas para nuestra patria infeliz. No pasan en balde cuarenta años de revolucion y desórden. No hay pais que resista al largo dominio del liberalismo. El sentimiento patriótico se amortigua ó se estingue por completo; la fe religiosa, móvil principal de todas las grandes empresas, se entibia; los caracteres vigorosos y enteros se envilecen, y todo, en fin, lo que constituye el nervio de un pais desfallece y se aniquila, como si hubiera penetrado la gangrena en el cuerpo social. Francia está siendo una demostracion viva del efecto que el espíritu revolucionario produce en las naciones. Hay que desengañarse: sin fe en algo, aun cuando sea en algo no verdadero, es imposible la fuerza. Los republicanos de 1792 tenian fe en la revolucion. Hoy ni Francia tiene esa fe, ni España tampoco.

¿Cuánto mayor no será la fuerza que preste la fe en la verdad, si presta alguna la fe en el error!

Ahora bien: el pueblo español, ¿conserva de tal modo la fe religiosa y la fe monárquica que, en caso de un grave trastorno para el gobierno de Prim (trastorno inevitable y próximo), pueda levantarse espontánea y enérgicamente como se levantó contra el primer Napoleon, sin órden ni concierto previos? El pueblo español, entendiéndose con esto la gran mayoría de los ciudadanos españoles, no, decimos rotundamente, no se levanta con esa espontaneidad y con esa energía, ya triunfe la república con todos sus horrores, ya nos amague Montpensier con sus falsedades doctrinarias.

Pero es necesario convenir en que hay una parte sana, pura del virus egoista, heróica siempre, que se alzaría en armas á protestar valerosamente contra la demagogia ó contra el doctrinarismo. Esa parte del pueblo español es el partido legitimista, no todo el partido, sino el que sale siempre á combatir, el partido militar; y este, por sí solo, sin recursos extraordinarios, muy extraordinarios, no lograria el triunfo.

Los legitimistas somos la mayoría en España. Pero los legitimistas que se alzan en armas son naturalmente los menos, y, por desesperada que sea su resistencia, su-

cumbirán siempre ante los medios de accion que tiene á mano todo gobierno constituido.

Frente á la república, ó frente á Montpensier, podrian ponerse sobre las armas 30,000 hombres en las Provincias Vascongadas y Navarra, 10 ó 12,000 en Aragon, otros tantos en Cataluña, número semejante en el Maestrazgo, partidas considerables en la Mancha, Castilla, Leon, Galicia, Asturias, Santander, etc., al todo, lo menos 60,000 hombres. Pero ¿dónde están los fusiles que habia de manejar este ejército verdaderamente nacional? Pues sin fusiles, al cuarto dia, y en presencia de las tropas del gobierno, bien armadas y provistas de todo lo necesario, no quedaban seis mil hombres en el campo. A los ocho dias, ni uno.

Consecuencia que de esto se desprende: un levantamiento meramente popular, aun siendo tan numeroso como hemos supuesto, y mas numeroso todavía, solo por un milagro de Dios lograria el triunfo; humanamente hablando, es imposible.

¿Seria, pues, indispensable apelar al sistema de la conspiracion misteriosa, astuta, concentrada en la mano de un militar capaz de llevar tras sí á una parte del ejército? Supuesto el triunfo de la república, este último medio daría mas resultados seguramente; pero nuestra humilde opinion es que deben fundirse los dos medios indicados.

#### IV.

Aunque el gobierno de la república tuviera por ministro de la Gobernacion á Castelar, seria obra de romanos introducir sesenta mil fusiles hábiles en España. Los gastos de semejante empresa, por otra parte, no estarian en relacion con el resultado final.

Aunque el mismo Orense fuese presidente de la república, ni el partido legitimista, ni ningun partido aislado, podria contar fácilmente con la parte de ejército necesaria para derribar al gobierno. En España no ha triunfado jamás un partido solo: han triunfado las coaliciones. Y puesto caso que el partido legitimista contase con aquella parte y venciese, no era fundamento sólido para el Trono de D. Carlos una simple insurreccion militar.

El ejército es una parte del pueblo. El carácter militar no quita al soldado su carácter de ciudadano, por mas que el uniforme y la disciplina establezcan ciertas diferencias en que la preocupacion entra por mucho.

En este sentido, claro es que si D. Carlos venia aclamado por una parte del ejército, siempre podria decirse que la base de su restauracion era popular.

Pero ¿con cuánto mayor fundamento no se demostraria al mundo que D. Carlos habia sido aclamado por el pueblo español, si en el instante en que dos regimientos, avergonzados, por ejemplo, de servir á un francés, como Montpensier, ó espantados de la anarquía inherente al triunfo de la república, diesen al pie de una montaña el grito de ¡viva Carlos VIII! todo el partido legitimista español se levantase en un mismo dia, con las armas que pudiera, desde el fusil Remington hasta la hoz! ¿Quién resistiria el empuje de la España católica y monárquica, apoyándose en una parte, aunque pequeña, del ejército, á cuyo frente, por supuesto, habria de colocarse D. Carlos desde el primer momento?

El ejército no resistiría, ni aun mandado por los montpensieristas. El grito de *¡viva España!* ahuyentaría al francés. Los republicanos, cuyas simpatías en el pueblo son superiores á las de todos los demas partidos liberales, se verían desamparados, no solo del ejército y de las clases conservadoras, hoy carlistas platónicas, sino hasta de mucha parte de ese pueblo en que confían, y á quien la impiedad y el desorden demagógicos haría volver los ojos á aquella monarquía española que fue siempre mas amiga y protectora de los pobres y desvalidos que de la misma aristocracia.

En suma: el levantamiento popular, no iniciando sino secundando un movimiento del ejército, cuando el gobierno de Prim desaparezca de la escena, por supuesto, y la sociedad se encuentre, como en setiembre de 1868, á merced del mas hábil ó del mas fuerte, daría el triunfo á D. Carlos sin apelar tal vez á mas recursos que los que se encuentren en el país.

## V.

Pero las condiciones indispensables para llevar á cabo semejantes propósitos en la ocasion indicada—no hoy, porque, entre otras razones, las leyes dadas por el gobierno constituido nos vedan recomendar la insurreccion—las condiciones indispensables, decimos, para asegurar el éxito, si Dios no quiere hacernos sufrir mas tiempo aun las consecuencias de nuestra tibieza y de nuestros pecados, debían ser, á juicio de personas entendidas y respetables, las siguientes:

1.<sup>a</sup> La direccion superior encomendada á una ó dos personas solas, bastante discretas para que nadie, absolutamente nadie, llegase á saber los secretos del partido. Convendría que en esa direccion tomase parte algun general acreditado y conocido en el ejército español.

2.<sup>a</sup> Una energía sin contemplaciones de ninguna especie para ahuyentar á todos los intrigantes, á todos los ambiciosos y á todos los calumniadores de oficio, que suelen ser la polilla de los partidos, y los que mas obstáculos ponen á la marcha segura y recta de cualquier proyecto.

3.<sup>a</sup> Que cada uno de los brazos de que forzosamente habria de valerse la direccion superior para ejecutar sus pensamientos, supiese solo aquello que necesitase saber, y nada mas.

4.<sup>a</sup> Abandonar, como inocente á veces, y perjudicial otras, el sistema de animar al pueblo, haciéndole entender que está próximo el momento de dar el golpe, con lo cual se producen impaciencias funestas, resoluciones temerarias, y una constante agitacion de espíritu que solo sirve para olvidar inconsideradamente los negocios ordinarios de la vida, para llamar la atencion del gobierno y para que se enardecen los ánimos de nuestros adversarios, y se agrave la sistemática persecucion de que há tiempo somos víctimas.

5.<sup>a</sup> Agitar el espíritu católico y monárquico del país por los medios que se creyeran conducentes, á mas de la prensa y la tribuna, y no perder de vista que nuestro triunfo, para ser duradero y radical, ha de estar unido al triunfo de la Iglesia, sin cuya condicion nada somos y nada valemus.

Finalmente, procurar que en la frontera hubiese me-

nos ocasiones de internar á los carlistas y de dar parte al gobierno de todo cuanto hacen.

Estas condiciones, ú otras semejantes, fundadas siempre en la *unidad del poder* y en la mas profunda discrecion, son medios meramente humanos, claro está, cuyo resultado á Dios solo compete; pero medios reclamados por muchas gentes, de cuyos sentimientos nos hacemos eco.

Por lo demas, aunque tenemos el deber de no dejarlo todo á merced de la Providencia, siempre debemos contar con ella en primer término.

Y ahora ciertamente mas que nunca; ahora, en que acontecimientos extraordinarios y temerosos han venido á desconcertar todos los cálculos y á hacer ver al mundo entero que Dios se reserva épocas en que directa y visiblemente pone mano en los negocios de los hombres, para salvar la ley de la justicia, sobre la cual descansa toda la creacion en su doble concepto moral y material.

Téngase en cuenta que parece ser una regla histórica que la justicia, que el derecho, que la verdad no han triunfado nunca sino por intervencion directa de Dios.

Los hombres hacen cuanto pueden por alterar el orden de la naturaleza, menospreciando el bien y proclamando el reinado del mal; pero Dios, sin violentar la libertad humana, se vale hasta de los mismos errores de los hombres para restablecer el orden y sacar á salvo la justicia.

Hoy lo vemos diariamente. La ambicion desatentada de Prusia sirve á maravilla para castigar los grandes crímenes de Francia, como los sacrilegios del gobierno de Víctor Manuel servirán para que brille esplendorosamente la divinidad y la inmortalidad de la Iglesia, triunfando siempre de todos sus enemigos. Así tambien la humillacion de Francia la purificará de modo que á la postre reconozca la justicia de la ira de Dios y la necesidad de volver humildemente al altar de Jesucristo, única base sólida del engrandecimiento, y, sobre todo, de la honra de las naciones, como lo demuestra el Pontífice Romano que, en medio de la inícuca invasion de que es víctima, conserva de tal modo la dignidad y la honra de su soberanía, que causa la admiracion aun de sus propios enemigos, mientras Napoleon, mil veces mas fuerte, ha perdido, con la corona, la honra y la dignidad.

La revolucion española es tambien un castigo. La república seria la agravacion del castigo. Empeñarse en evitarlo por medio de la fuerza material, es vano empeño. El castigo debe seguir su marcha hasta el fin, y su fin ha de conocerse de una manera tal, que nadie dude de que está próxima una nueva época.

Aparte de los medios empleados para los movimientos de julio de 1869 y de agosto del presente año, no puede negarse que han sido inoportunos. Una voz autorizadísima y eminente en el partido legitimista, la voz del Sr. Aparisi, ha dicho pocos dias há: «Los sucesos de julio de 1869 impidieron el triunfo en noviembre; los sucesos de agosto del año actual han impedido el triunfo en octubre, humanamente hablando.» Nosotros nos atrevemos á añadir esta sola frase: ¡qué incontrastable fuerza no tendria hoy el partido carlista sin los movimientos de julio y agosto!

Aun así, y sean cualesquiera las causas de estos descalabros, que bien dirigidos hubieran podido, á pesar de

todo, convertirse en victorias, pensemos en que quizá sea demasiado temprano todavía para la gran restauración. La hora de los grandes arrepenimientos revolucionarios no ha sonado aun. Los traerá la lógica de los sucesos; y para que no se desvien del punto á donde deben acudir, que es bajo la bandera católica y monárquica, es necesario que aparezcamos formales y severos en nuestra conducta, respetables á los ojos de todo el mundo, y bastante avaros de nuestras fuerzas para no malgastarlas en movimientos incoherentes.

Por lo demas, Dios, que se ha reservado en estos momentos críticos para Europa y para el mundo la acción directa en los sucesos humanos, Dios quiere probar sin duda nuestra perseverancia para darnos la victoria cuando menos la esperemos. Así ha sucedido siempre.

Cuando la mano de Dios aparece visible, es que el infierno ha desatado todas sus fuerzas, y que el triunfo de la Iglesia está próximo. Porque Dios toma parte manifiesta y clara, siempre que el poder humano ha sucumbido ante el poder del infierno.

El cielo completamente cerrado, y la tempestad completamente desatada, anuncian que el sol va á brillar pronto. Nunca hemos creído tan próximo ese instante como hoy.

¡Que nuestras impaciencias, y nuestras ambiciones, y nuestras miserias de todo linaje no retarden el día de la victoria!

En Italia se dice: *Qui va piano, va lontano*. El que anda despacio, va lejos. Pues vayamos despacio y bien, si queremos ir lejos.

VALENTIN GOMEZ.

## CRÓNICA DE LA GUERRA.

I. Ruptura de las negociaciones de paz: circular de M. Favre: viaje de M. Thiers.—II. Los vendeanos y bretones: varios encuentros cerca de Paris: rendición de Strasburgo: continúa la anarquía en Lyon y Marsella.

### I.

Ya dijimos en nuestra crónica anterior que las negociaciones de paz habian fracasado completamente. M. Favre, indignado al oír las exigencias del conde de Bismark, que sin duda alguna no quiere tratar con los franceses sino dentro de Paris, volvió á esta capital y publicó una circular dando cuenta de todo cuanto habia ocurrido en la conferencia con el ministro del Rey de Prusia.

Este ha formado empeño decidido en abatir completamente á Francia, reduciéndola á potencia de segundo orden, para que en mucho tiempo no pueda ni soñar siquiera en nuevas aventuras, ni en imponer su voluntad á Europa. De aquí lo exorbitante de las condiciones, que al fin y al cabo habrán de cumplirse por la fuerza de las armas.

Prusia, á lo que parece, trata de formar de la Alsacia y la Lorena un Estado federal alemán unido, por medio de una comision de representantes en el Parlamento general, al gran imperio de que quiere ser jefe el antiguo marques de Brandenburgo, hoy triunfante á las puertas de Paris.

No sabemos si Europa se opondrá ó no mas tarde á estas pretensiones de Prusia; pero, hoy por hoy, bajo el

imperio de esta política egoista, y baja, y miserable que se usa, es seguro que las potencias neutrales dejarán hacer, mientras muy directamente no amenacen las pretensiones prusianas á la integridad de otros Estados; y aun así y todo, ha llegado á tal extremo el decaimiento moral en todas partes, que no nos maravillaria, por ejemplo, ver al Austria consentir en cuanto Prusia le exigiera, á Rusia contentarse con seguir en Oriente su política tradicional, desembarazada ahora del obstáculo de Francia, y á Italia ponerse á la disposicion de Bismark. Inglaterra, amenazada en sus negocios de la India, saldria al encuentro de Rusia; pero ninguna nacion se moveria por un sentimiento elevado, por la restauracion de los principios morales, cuya violacion se mira hoy como cosa corriente y de poca importancia.

Hé aquí ahora la circular de Julio Favre, en donde no deja de resplandecer cierto espíritu patriótico y carácter completo de veracidad, por mas que en algunos puntos parece ha sido desmentida por el conde de Bismark:

«Á LOS MIEMBROS DEL GOBIERNO DE LA DEFENSA NACIONAL.

»Mis queridos colegas: La íntima union de todos los ciudadanos, y muy particularmente la de los miembros que constituyen el gobierno, es siempre una necesidad de salud pública. Cada uno de nuestros actos debe cimentarla. El que acabo yo de cumplir me lo inspiraba este sentimiento, y tendrá aquel resultado. He tenido el honor de esplicároslo con todos sus detalles; pero esto no basta. Somos un gobierno de publicidad. Si en los momentos de la ejecucion el secreto es indispensable, una vez llevado á cabo debe publicarse por todos los medios. Si nosotros, como gobierno, somos algo, lo somos por la opinion de nuestros conciudadanos, y es preciso que esa opinion nos juzgue en cada momento, y para juzgarnos tiene el derecho de conocer todo.

»He creído de mi deber ir al cuartel general del ejército enemigo, y allí he ido. Os he dado cuenta de la mision que me habia impuesto, y voy á decir á mi pais las razones que me han determinado, el objeto que me proponia y el que creo haber conseguido.

»No tengo necesidad de recordar la política inaugurada por nosotros, y que el ministro de Negocios extranjeros estaba mas particularmente encargado de formular. Nosotros somos, antes que todo, los hombres de la paz y de la libertad. Hasta el último momento nos hemos opuesto á la guerra que el gobierno imperial preparaba con un interes exclusivamente dinástico; y cuando este gobierno ha caído, hemos declarado perseverar mas enérgicamente que antes en la política de la paz.

»Esta declaracion la hicimos cuando, por la criminal locura de un hombre y de sus consejeros, nuestros ejércitos estaban destruidos; nuestro glorioso Bazaine y sus valientes soldados bloqueados delante de Metz; Strasburgo, Toul, Phalsburgo, destruidos por las bombas; el enemigo victorioso y en marcha sobre nuestra capital. Jamás situacion alguna fue mas cruel; ella no inspira, sin embargo, al pais ninguna idea de desfallecimiento, y creimos ser su mas fiel intérprete imponiendo claramente esta condicion: «Ni una pulgada de nuestro territorio; ni una piedra de nuestras fortalezas.»

»Si en el momento, pues, en que acababa de efectuarse un hecho tan grande como el de la destitucion del promovedor de la guerra, Prusia hubiese querido tratar sobre las bases de una indemnizacion que se determinaria, la paz estaba hecha, hubiese sido por todos recibida como un inmenso beneficio y una firme garantía de reconciliacion entre dos naciones divididas tan solo por una política odiosa.

»Esperábamos que la humanidad y el interes bien entendidos alcanzarian esta victoria, bella cual ninguna otra, porque ella habria abierto una nueva era, y los diplomáticos que uniesen á ella sus nombres habrian llevado por guia la razon, la filosofía y la justicia, teniend por recompensa la bendicion y la prosperidad de los pueblos.

»Con esta exclusiva idea he emprendido la tarea peligrosa que me habeis confiado. Debía desde luego enterarme de la actitud de los gabinetes europeos para tratar de atraerme su apoyo. Esto lo había olvidado completamente el gabinete imperial, ó cuando menos no obtuvo resultados favorables. Se empeñó la guerra sin tener pactada alianza alguna, sin formales negociaciones, y siendo todo en torno suyo, ú hostilidad, ó indiferencia, recogiendo así el amargo fruto de su política agresiva hácia cada uno de los Estados vecinos, ya por sus amenazas, ya también por sus pretensiones.

»No bien nos instalamos en el Hôtel de Ville, un diplomático, cuyo nombre no es oportuno revelar, nos pidió que entrásemos en relaciones con él. Desde el día antes vuestro ministro recibía á los representantes de todas las potencias. La república de los Estados Unidos, la Helvética, Italia, España y Portugal reconocían oficialmente la república francesa. Los demás gobiernos autorizaban á sus respectivos agentes para mantener con ella relaciones oficiosas, que desde luego nos permitían iniciar conferencias que debían sernos provechosas.

»Daría á esta relación, ya de suyo estensa, mayor amplitud si descendiese á detallar la corta, pero instructiva historia de las negociaciones que se han efectuado. Creo, no obstante, poder asegurar que no ha de carecer de mérito para nuestro crédito moral.

»Me limito á decir que por todas partes hemos hallado honrosas simpatías. Era mi objeto, reuniéndolas, decidir á las potencias signatarias de la liga neutral á que interviniesen cerca de Prusia, partiendo de las bases que yo había propuesto. Cuatro de esas potencias me lo prometieron: yo, en nombre de mi país, les demostré la mayor gratitud; pero aspiraba al concurso de otras dos más. Una de estas me prometió su acción individual para conservar libertad entera, y la otra me propuso servir de intermediaria entre Prusia y yo: hizo más; en vista de las instancias del enviado extraordinario de Francia, recomendó directamente mis gestiones diplomáticas. Yo exigía mucho más; pero ningún apoyo he rehusado, sabiendo que el interés que se nos demostraba era una palanca que no debíamos desperdiciar.

»El tiempo trascurría entre tanto; cada hora que pasaba acercaba más á nuestras puertas al enemigo. Presa de punzantes emociones, me prometí no dejar que el asedio de París comenzase sin intentar un último esfuerzo, aunque estuviera yo solo para cumplirlo. El interés que esto entrañaba es inútil demostrarlo.

»Prusia callaba, y nadie se permitía preguntarle: semejante situación era insostenible; permitía á nuestro enemigo hacer recaer sobre nosotros la responsabilidad de la continuación de la lucha, obligándonos á callar respecto de las intenciones que hácia nosotros abrigase. Era preciso, pues, despejar la situación. No obstante mi gran repugnancia, hube de decidirme á usar de los buenos oficios que se me ofrecieron, y el 10 de setiembre envié un telégrama á M. Bismark preguntándole si estaba dispuesto á entrar en vías de transacción mediante una entrevista.

»La primer respuesta fue evasiva, pretestando la irregularidad de nuestro gobierno. Sin embargo, el canciller prusiano no insistió sobre este punto, y me hizo preguntar qué garantías podíamos presentarle para la ejecución de un tratado. Allanada por mí esta segunda dificultad, era preciso seguir adelante.

»Se me propuso enviar un correo que yo aceptaría. Al mismo tiempo se telegrafió directamente á M. Bismark, y el primer ministro de la potencia que nos sirvió de intermediario dijo á nuestro enviado extraordinario que Francia sola no podía tratar; añadiendo que sería de desear que yo no retrocediese ante una marcha al cuartel general. Nuestro enviado, que conocía el fondo de mi corazón, respondió que yo estaba dispuesto á todos los sacrificios para cumplir mi deber; que él consideraba también un poco dificultoso ir á través de las líneas enemigas á buscar á nuestro vencedor; pero que suponía que yo me resignaría.

»Dos días después llegó el correo: después de mil obs-

táculos había visto al canciller, que le había dicho estar dispuesto voluntariamente á tratar conmigo.

»Yo hubiera querido una respuesta directa al telégrama de nuestro intermediario, y esta se hacía esperar. El cerco de París se estrechaba. No era posible aguardar más, y me decidí á partir.

»Solamente me importaba que, mientras aquella se cumpliera, esta marcha fuese ignorada. Yo recomendé el secreto, y he sido dolorosamente sorprendido al saber ayer tarde que no había sido guardado. Se ha cometido una indiscreción culpable.

»Yo temía tanto á la indiscreción, que he guardado secreto hasta con vosotros, mis queridos colegas.

»Yo no he tomado esta resolución sin un vivo pesar. Pero conocía vuestro patriotismo y vuestra afección, y estaba seguro de ser absuelto. Yo creía deber obedecer á una necesidad imperiosa. En un principio os entretuve con la agitación de mi conciencia, y os había dicho que no descansaría mientras que no hubiera hecho todo lo que fuese humanamente posible para terminar honrosamente esta abominable guerra.

»Estaba decidido; yo quería abordar la cuestión con M. de Bismark, á fin de quedar libre de todo compromiso y de tener el derecho de no tomar ninguno. Yo os hago estas declaraciones sinceras, y se las hago al país, para librar de vosotros una responsabilidad que á mí solo corresponde. Si mi marcha es una falta, yo solo debo sufrir la pena.

»Yo tenía entre tanto advertido al ministro de la Guerra que, si lo tenía á bien, me diera un oficial para conducirme á las avanzadas. Ignorábamos la situación del cuartel general. Se le suponía en Grosbois. Nosotros nos encaminamos hácia el enemigo por la puerta de Charenton.

»Suprimo todos los detalles de este doloroso viaje, llenos, sin embargo, de interés, pero que no sería oportuno sacarlos aquí á plaza. Conducido á Villeneuve Saint-Georges, donde se encontraba el general en jefe mandando el sexto cuerpo, supe bastante tarde, hácia el medio día, que el cuartel general estaba en Meaux. El general, de cuyo proceder no tengo por qué quejarme, me propuso el envío de un oficial portador de la carta siguiente, que yo tenía preparada para M. de Bismark:

«Señor conde: Siempre he creído que antes de romper seriamente las hostilidades bajo los muros de París, era de todo punto imposible que no se ensayase alguna transacción honrosa. La persona que ha tenido el honor de ver á V. E. hace dos días me ha dicho haber recogido de sus labios la expresión de un deseo análogo. Yo he venido hasta las avanzadas para ponerme á disposición de V. E., y espero que V. E. me hará saber cómo y dónde podré tener el honor de conferenciar con V. E. algunos instantes.

»Tengo el honor de ser, con alta consideración, de V. E. muy humilde y muy obediente servidor, — *Julio Favre.*»

»Nosotros estábamos separados por una distancia de cuarenta y ocho kilómetros. A las seis de la mañana siguiente recibí la contestación que transcribo:

«Acabo de recibir la carta que V. E. se ha dignado escribirme, y tendré grande complacencia en que V. E. me haga el honor de venir á verme mañana en este lugar de Meaux.

»El príncipe Biron, portador de la presente, cuidará que V. E. sea conducido sin el menor peligro á través de nuestras líneas.

»Tengo el honor de ser, con la más alta consideración, humilde servidor de V. E., — *De Bismark.*»

»Dispuesta la escolta á las nueve, púseme en camino con ella. Llegado á Meaux á eso de las tres de la tarde, fui detenido por un ayudante de campo, que venía á anunciarme que el conde había salido de Meaux con el Rey para pasar la noche en Ferrières. Nos habíamos cruzado en el camino, de manera que, retrocediendo uno y otro, debíamos forzosamente encontrarnos.

»Retrocedí en mi marcha, yendo á apearme en el patio de una casa completamente saqueada, como todas

las que he visto durante mi expedición. Al cabo de una hora M. Bismark se reunía conmigo. Como no era posible que habláramos cómodamente en el sitio donde nos encontrábamos, nos dirigimos al castillo de Haute-Maison, propio del señor conde de Rillac. Nuestra conversación tuvo lugar en un salón cuyo suelo se hallaba sembrado de despojos de todas clases.

»Quisiera poder referiros esta conversación por entero, según al día siguiente se la dicté á un secretario, porque cada uno de sus detalles tiene su particular importancia: mas no puedo ahora hacer otra cosa que analizarla.

»Empecé por precisar el objeto que motivó mi viaje: habiendo dado á conocer por medio de mi circular las intenciones del gobierno francés, deseaba saber cuáles eran las del primer ministro prusiano. Me parecía inadmisiblemente continuara, sin explicaciones previas, una guerra terrible que, á pesar de sus ventajas, ocasionaba al mismo vencedor grandes sufrimientos. Debida al poder de un solo hombre, esta guerra perdía su razón de ser desde el momento en que Francia reconquistaba aquel poder para sí; yo garantizaba su amor hacia la paz, mas también su resolución inquebrantable de rechazar toda condición que no hiciera de la paz otra cosa que una corta y amenazadora tregua.

»M. Bismark me contestó que si él creyese que fuera posible una paz semejante, se apresuraría á firmarla. El ha reconocido siempre que la oposición rechazaba la guerra; pero el poder que hoy representa esta misma oposición es tan precario, que si en el término de algunos días París no es tomado, ha de verse supeditado y destruido por el populacho.

»Interrumpíle vivamente para decirle que en París no había populacho, sino una población inteligente y adherida, que conocía nuestros propósitos, y que no se haría cómplice del enemigo entorpeciendo nuestra misión de defensa; y por lo que toca á nuestro poder, nos hallábamos todos prontos á deponerlo en manos de la Asamblea que teníamos ya convocada.

»Esta Asamblea, replicó el conde, tendrá sus designios, que por ningún lado podemos hoy presentir; pero si obedece al sentimiento francés, optará por la guerra. Francia no podrá olvidar la capitulación de Sedán, como no se olvidó de Waterlloo, ni de Sadowa, que no la interesaba ciertamente.» Después insistió largamente sobre la voluntad pronunciada de la nación francesa de atacar á Alemania y de arrebatárle una parte de su territorio: desde Luis XIV hasta Napoleón III esas tendencias no habían cambiado, pues al anunciar la declaración de guerra el Cuerpo legislativo había ahogado con aclamaciones las palabras del ministro.

»Hícele observar que la mayoría del Cuerpo legislativo había aclamado la paz algunas semanas antes; que esta mayoría, hechura del Emperador, se había considerado, por desgracia, obligada á seguirle ciegamente; mas que la nación, por dos veces consultada, cuando las elecciones de 1869 y cuando el plebiscito, se había manifestado enérgicamente inclinada á una política de paz y de libertad.

»La conversación se prolongó sobre este punto, sosteniendo el conde su opinión y yo la mía, hasta que, instado vivamente por mí á fin de que manifestara sus condiciones, me contestó sin ambages que la seguridad de su país le imponía la conservación del territorio que la garantizase. Repitiomé distintas veces: «Strasburgo es la llave de la casa; debo, por tanto, poseerla.» Invitéle entonces á ser mas explícito aun, y me contestó: «Es inútil, porque no podemos entendernos; este es negocio que debe arreglarse mas tarde.» Yo le rogué que lo hiciéramos en seguida, y él me dijo entonces que los dos departamentos del Bajo y del Alto Rin, una parte del departamento del Mosela, con Metz, Chateausalins y Soissons, le eran indispensables, de tal suerte, que no podía renunciar á ellos.

»Objetéle que el asentimiento de los pueblos de quienes disponía con tal facilidad, era punto muy dudoso, y que el derecho público de Europa no le permitía

prescindir de él. «Con efecto, me contestó: me consta que esos pueblos no gustan de nosotros, y pienso que nos darán mucho que hacer; mas, de todos modos, no podemos desprendernos de ellos. Tengo la seguridad de que dentro de poco tiempo tendremos que sostener una guerra contra vosotros, y queremos hacerla con todas las ventajas.»

»Protesté, según debía, contra tales soluciones, diciendo al propio tiempo que parecía ver olvidados dos importantes elementos de discusión: Europa, en primer lugar, que podía tener estas pretensiones por exorbitantes y oponerse á ellas, y, en segundo lugar, el derecho moderno, el progreso de las costumbres, decididamente antipático á unas exigencias tales. Añadí que por nuestra parte jamás las aceptaríamos; que podíamos perecer como nación, pero nunca deshonrarnos, y que, por otro lado, solamente el país era competente para resolver acerca de una cesión de territorio; que, aunque seguro de sus sentimientos sobre este punto, el gobierno quiere consultarle, y que, por lo mismo, el país es con quien se halla Prusia frente á frente; y, finalmente, que, por decirlo de una vez, veía con claridad que, embriagada esta nación con sus victorias, no se propone ahora otra cosa que la destrucción de Francia.

»El conde protestó, escudándose siempre con la necesidad absoluta de una garantía nacional. Yo continué: «Si esto no representa de vuestra parte un abuso de la fuerza, detrás del cual se ocultan misteriosos designios, dejadnos reunir la Asamblea: en sus manos depondremos nuestro poder, y ella nombrará un gobierno definitivo que apreciará vuestras condiciones.»

»Para la ejecución de este plan, me respondió el conde, sería preciso un armisticio, que no quiero yo aceptar á ningún precio.»

»La conversación iba haciéndose cada minuto mas violenta, y la noche se aproximaba. Pedí á M. de Bismark una segunda entrevista en Ferrieres, donde iba á dormir, y salimos cada uno por distinto lado.

»Deseando cumplir mi misión hasta el último extremo, yo debía insistir sobre muchas cuestiones que habíamos tocado, y concluir. Así es que, al reunirme de nuevo con el conde á las nueve y media de la noche, le hice observar que, como las indicaciones que yo había ido á buscar debían ser comunicadas al gobierno y al público, resumiría al terminar nuestra conversación, para impedir que nada se publicase que no tuviese el asentimiento de ambos. «No teneis que molestaros, me contestó; os la abandono por entero; no tengo inconveniente alguno en su divulgación.»

»Reanudamos entonces nuestra discusión, que se prolongó hasta media noche. Yo insistí particularmente en la necesidad de convocar á la Asamblea. El conde pareció dejarse convencer poco á poco, y vino á tratar del armisticio. Pedí quince días, y pasamos á discutir las condiciones; mas no se explicaba el conde de una manera franca, reservándose siempre consultar con el Rey. En consecuencia, me citó para el día siguiente á las once.

»Réstame solo una palabra que decir; pues al reproducir este doloroso relato, mi corazón se siente agitado por todas las emociones que lo han torturado durante esos tres mortales días, y siento la necesidad de terminar. A las once me encontraba en el castillo de Ferrieres. El conde salió del aposento del Rey á las doce menos cuarto, y de su boca oí las condiciones con que se aceptaría el armisticio: estaban consignadas en un papel escrito en lengua alemana, en donde se me dió comunicación verbal.

»Pedia como garantía para tratar, la ocupación de Strasburgo, de Toul y de Phalsburgo; y como acerca de esta demanda yo tenía dicho que la Asamblea debía quedar reunida en París, quiso en este caso tener un fuerte dominando la villa, como, por ejemplo el Mont-Valerien.

»Pero yo le interrumpí diciéndole: «Es bastante candidez el pedir á París. ¿Cómo podeis admitir vos la idea de que una Asamblea francesa delibere bajo vuestros cañones...? Tengo el honor de deciros que transmitiré fielmente al gobierno nuestra entrevista; pero no sé

»de cierto si osaré decirle que me habeis hecho semejante proposicion.»

«Busquemos alguna otra combinacion, me respondió.»

»Yo le hablé de la reunion de la Asamblea en Tours, no tomando garantía alguna del lado de Paris.

»El me propuso hablar al Rey, é insistiendo en la ocupacion de Strasburgo, añadió: «La villa va á caer en nuestras manos; esto no es mas que un cálculo de ingeniero. Tambien os pido que la guarnicion se rinda prisionera de guerra.»

»Á estas palabras, henchido de dolor y levantándome, le repliqué: «Os olvidais que hablais con un francés, señor conde; sacrificar una guarnicion heróica que ha causado nuestra admiracion y la de todo el mundo, sería una indignidad, y yo no os prometo no decir que me habeis propuesto tal condicion.»

»El conde me contestó que no habia tenido la intencion de herirme; que él se conformaba con las leyes de la guerra; pero que si el Rey consentia, este artículo podia ser modificado.

»Volvió al cabo de un cuarto de hora. El Rey aceptaba la combinacion de Tours, pero insistia en que la guarnicion de Strasburgo fuese prisionera.

»Las fuerzas me faltaron, y sentí un instante de desfallecimiento. Me volví para devorar las lágrimas que me abrasaban; me escusé de esta debilidad involuntaria, y dejé al fin escapar estas palabras:

«Me he engañado, señor conde, al venir aquí; no me arrepiento, porque soy bastante fuerte para escusarme á mis propios ojos; desde luego yo no he cedido sino al sentimiento de mi deber. Yo contaré á mi gobierno todo lo que habeis dicho, y si él juzga conveniente volver á enviarme cerca de vos, por cruel que me sea, tendré el honor de volver.»

»Os estoy reconocido del recibimiento que me habeis hecho, pero siento que no hay mas que dejar que los sucesos se cumplan. La poblacion de Paris es valerosa, y está resuelta á los últimos sacrificios; su heroísmo puede cambiar el curso de los acontecimientos. Si vos teneis el honor de vencerla, no la someteréis nunca. »La nacion entera está animada de los mismos sentimientos; tanto, que encontraremos en ella un elemento de resistencia para combatirlos. Esta es una lucha indefinida entre dos pueblos que debieran tenderse la mano. Yo esperaba otra solucion, y parto muy triste, aunque no menos lleno de esperanza.»

»Nada mas añadí á este discurso, demasiado elocuente por sí mismo. Buscaba la paz, y he encontrado una voluntad inflexible de conquista y de guerra. Demandaba la posibilidad de interrogar á Francia, representada por una Asamblea libremente elegida, y se me ha respondido mostrándome las horcas caudinas, bajo las cuales debia indefectiblemente pasar. No recrimino nada. Me limito á hacer constar los hechos y señalarlos á mi pais y á Europa. He querido ardientemente la paz, y mucho mas al ver durante tres dias las miserias de nuestras infortunadas campiñas, hasta el punto de que sentia aumentar en mí el amor á ella con tal violencia, que estuve obligado á llamar todo mi valor en mi ayuda para no dejarme dominar. He deseado de la misma manera un armisticio, lo deseo todavía, y la nacion puede ser consultada sobre la terrible cuestion que la fatatidad hace pesar sobre nosotros.

»Conoceis completamente las condiciones que han pretendido hacernos sufrir. Como yo, y sin discusion, habeis estado unánimemente acordes en que era indispensable rehusar toda humillacion. Tengo la profunda conviccion que, á pesar de los sufrimientos por que atraviesa Francia, apruebe nuestra resolucion, y en sus ideas he creido inspirarme dirigiendo á M. Bismark el siguiente despacho, término de esta negociacion:

«Señor conde: He espuesto fielmente á mis colegas del gobierno de la defensa nacional la declaracion que V. E. ha tenido la bondad de hacerme.

»Tengo el sentimiento de hacer saber á V. E. que el gobierno no ha podido aceptar vuestras proposiciones,

»por mas que admitiera un armisticio, si este tenia por objeto la eleccion y la reunion de una Asamblea nacional; pero no puede suscribir á las condiciones que V. E. le ha propuesto.

»Por mi parte, tengo la conciencia de haber hecho lo posible á fin de que cesara la efusion de sangre, y que la paz fuese devuelta á nuestras dos naciones, para quienes seria un gran beneficio.

»Me detengo ante el deber imperioso que me manda no sacrificar el honor de mi patria, toda vez que esta se halla dispuesta á resistir enérgicamente, y sin reserva me asocio á esa determinacion, como asimismo á la voluntad de mis colegas.

»Dios, que nos juzga, decidirá de nuestros destinos: tengo fe en su justicia.

»Queda, señor conde, de V. E. respetuoso servidor,—  
»Julio Favre.

»21 de setiembre de 1870.»

»He terminado, mis queridos colegas, y, como yo, pensareis que, aun cuando ineficaz, mi mision no ha sido del todo inútil: ha demostrado que hemos sabido dirigirla por el mejor cauce. Hoy, como al principio de ella, maldecimos una guerra aceptada tan solo para no sufrir menoscabo en nuestra honra nacional. Hemos hecho aun mas: hemos destruido el sofisma en que Prusia se encerraba; sofisma que Europa no nos ayudaba á disipar.

»Al pisar nuestro suelo, Prusia dió á la faz del mundo su palabra de que atacaba tan solo á Napoleon y sus soldados, respetando la nacion. Hoy sabemos á qué atenernos. Prusia exige tres de nuestros departamentos; dos plazas fuertes, una de 100,000 y otra de 75,000 almas, y otras ocho ó diez ciudades igualmente fortificadas; sabe que esos pueblos que quiere anexionarse la rechazan; pero sin preocuparse por ello, opone el filo del sable á sus protestas de libertad cívica y de dignidad moral.

»Á la nacion que pide obtener la facultad de consultarse en sus propios asuntos, Prusia le propone la garantía de los cañones que, establecidos en Mont-Valerien, protegen el recinto en donde deben legislar nuestros diputados. Hé aquí lo que sabemos, y lo que estoy autorizado á deciros.

»Escúchenos el pais, y levántese, bien para rechazarlos cuando le aconsejemos resistir á todo trance, ó bien para arrostrar con nosotros esta prueba decisiva. Paris está dispuesto á arrostrarla.

»Los departamentos se organizan y van á venir á su socorro. Aun no se ha pronunciado la última palabra en este duelo, en que la fuerza se pone frente á frente del derecho. Á nuestra constancia toca ahora hacer que se pronuncie por la justicia y por la libertad.

»El vicepresidente del gobierno de la defensa nacional, ministro de Negocios extranjeros,—Julio Favre.

»Paris 21 de setiembre de 1870.»

Entre tanto, M. Thiers ha llegado á San-Petersburgo, donde ha sido recibido, despues de muchas instancias, por el Emperador, aunque sin resultado alguno.

Tendrá que volverse á Paris, si puede entrar, para ver de traer á la Asamblea Constituyente los mas diputados orleanistas que le sea posible, aunque no parece probable que la reunion de la Asamblea se verifique estando como está la mitad de Francia ocupada por los prusianos.

## II.

Entre tanto los departamentos conocidos por su significacion legitimista, la Vendée y Bretaña, se disponen á levantarse con el mismo entusiasmo que en 1793 para defender su Religion y sus hogares. Enrique de Cathelineau, hijo del célebre tratante en lanas, del siglo pasado, que tanto contribuyó á alzar en armas contra la república aquella parte de Francia, ha pedido licencia para ponerse al frente de los vendeanos.

Hé aquí la carta que ha dirigido al ministro de la Guerra:

«TOUR 22 de setiembre.

»Señor ministro de la Guerra: Tengo el honor de

pedir que se me autorice para reclutar en la Vendée voluntarios destinados á perseguir al enemigo como exploradores y franco-tiradores. Conocéis el valor de los vendeanos; sabéis la influencia de mi nombre en el país: vergüenza me daría no aprovecharla en las circunstancias presentes para arrojar al enemigo y salvar el honor de Francia.

»Soy, señor ministro, humilde y obediente servidor vuestro.—*Enrique de Cathelineau.*»

«Aprobado.—*Glais Bizoin.*—Aprobado y recomendado con eficacia al señor ministro de la Guerra.—*Cremieux.*»

El ministro contestó inmediatamente:

«El ministro secretario de Estado de la Guerra autoriza á M. Cathelineau á desempeñar el cargo de comandante del cuerpo franco de voluntarios de la Vendée, y le reconoce el título de beligerante.

»Tours 22 de setiembre de 1870.—Por el ministro, y de su orden, el secretario general, *Lefort.*»

En seguida M. de Cathelineau ha dirigido á las provincias del Oeste la siguiente proclama:

«¡Valientes habitantes del Oeste! ¡Vendeanos y bretones! El enemigo está ya en el corazón de Francia, y avanza de día en día poderoso y terrible. Levantémonos á defender nuestras mujeres y nuestros hijos; no esperemos más: levantémonos. Sea nuestra única ambición salvar á la patria; marchemos llenos de confianza en María, y por Ella protegidos. Nuestros padres combatieron por la fe, y fueron héroes; murieron, sí, pero vencieron, porque su fe fue salva, y sus nombres pasarán de edad en edad llenos de gloria. Hijos dignos de aquellos héroes, levantaos. Francia en estos días de prueba ha vuelto hácia vosotros sus miradas: os llama, os espera para salvar su honra. Sea nuestro grito de guerra ¡Dios y Francia! y venceremos.—*Cathelineau*, veterano de la Vendée.»

A esta proclama sigue la nota siguiente:

«Ocupado hoy en organizar una comisión para vuestro armamento, iré dentro de pocos días á vuestro lado, y os haré saber el lugar de la cita.

»Uniforme: Sombrero pequeño y flexible, con una pluma negra al lado; pantalón azul oscuro, con vivos de azul claro; chaqueta del mismo color, y cinturón del color de los vivos.»

Las autoridades republicanas del país, dando una nueva prueba de la tolerancia liberal, han tratado de impedir la organización iniciada por M. Cathelineau, á pretexto de que este quería servir más á la causa de la legitimidad que á la de Francia.

M. Cathelineau se ha visto obligado á venir á Tours á reclamar contra el prefecto. El gobierno le ha dirigido una comunicación diciéndole que deje á los vendeanos levantarse contra el extranjero invocando á la Santa Virgen, mientras los liberales invocan la santa libertad.

Los encuentros continúan en los alrededores de París entre prusianos y franceses; pero los primeros creen sin duda que el sitio va largo, cuando han construido un campo atrincherado en Versailles, como si trataran de pasar allí el invierno.

En la batalla del 19, dada por la división Vinoy, se apoderó un pánico tan espantoso de un regimiento provisional de zuavos, que entraron en París alarmando con su cobardía, que el general Trochu se ha visto obligado á dar una enérgica proclama contra estos fugitivos, y dictando medidas de rigor para mantener la disciplina y el ánimo en el ejército, que, por la muestra, ha llegado al colmo de la desmoralización y del desaliento.

Con esto y con los desórdenes que promueven en París los demagogos, ávidos de aprovechar estas circunstancias para atacar la propiedad y la vida del prójimo, júzguese los medios de resistencia con que puede contar París.

Las noticias que por medio de palomas ó de aeronautas se reciben de este punto, suelen ser, como de costumbre, favorables á los franceses. De un encuentro habido el 23 decía un telégrama de París lo siguiente:

«Ayer la división del general Maushy atacó las al-

turas de la meseta de Villejuif, ocupadas por los prusianos.

»El combate comenzó á las tres de la madrugada, y después de haber sostenido algunas horas el fuego nuestras baterías de campaña, sostenidas en parte por los fuertes, se apoderaron por completo de los reductos de los molinos de Villejuif y del reducto de la Alta Breugere, manteniéndose en ellos. Siguen ocupándolos.

»Las pérdidas de los enemigos son considerables.

»La Guardia móvil se ha portado muy bien.

»El mismo día el almirante Saisset, al frente de 200 fusileros, 400 hombres de infantería de Marina, y ocho compañías de exploradores, hizo un brillante reconocimiento hácia Bourjet, desalojando al enemigo de la aldea de Droucy.

»Al mismo tiempo el general Bellahon atacaba el pueblo de Pierrefitte, arrojando de él al enemigo, que tenía fuerzas considerables, y después de un vivo combate, nuestras tropas retrocedieron ordenadamente sobre Saint-Denis, sin ser molestadas por los prusianos.»

Otro parte dice que los prusianos eran 8,000 hombres, y que sus pérdidas fueron considerables. Los franceses, según ellos mismos, tuvieron tres oficiales heridos, 11 soldados muertos y 86 heridos.

El día 30 hicieron los franceses una salida con grandes fuerzas, y atacaron al sexto cuerpo de ejército prusiano, al mismo tiempo que atacaban las vanguardias de este ejército con tres batallones, y con una brigada amenazaban al undécimo cuerpo. Después de un combate de dos horas, los franceses, según despachos prusianos, se retiraron precipitadamente bajo los fuertes, con pérdidas de consideración. El príncipe real de Prusia asistió al combate.

Un telégrama de origen francés confirma la retirada de estos, aunque dice que fue con mucho orden, y lo considerable de sus pérdidas. Al mismo tiempo hace elogios notables de la Guardia móvil.

El mismo día 30 entraban los prusianos en Strasburgo, que se había rendido algunos días antes, después de una resistencia heroica, que dará al bravo general Ulrich gran renombre.

A 17,000 alcanzan los prisioneros en la ciudad. Llegan á 5,000, según dice un despacho, quizás equivocado, los oficiales franceses que han firmado un compromiso de honor. Muy pocos se han declarado prisioneros. El general Ulrich, prisionero bajo palabra, ha llegado á Tours á ver al gobierno provisional, y ha recibido una gran ovación.

Los prusianos hallaron en los primeros momentos de su entrada en Strasburgo 1,070 cañones, dos millones de francos pertenecientes al Estado en el Banco, y ocho de dudosa pertenencia, y municiones muy importantes.

Bazaine ha intentado indudablemente romper la línea que le tiene cercado en Metz: parece que en una de sus salidas había llegado hasta Ars; pero se vió obligado á retroceder. El 28 del pasado hizo varias salidas la guarnición de aquella plaza, siendo rechazadas, según los partes prusianos. Los franceses pidieron un armisticio para buscar los muertos y heridos. Según partes franceses, las salidas del 23 y 27 fueron brillantes, sobre todo la del 27, mandada por el general Bourbaki, que rechazó á los prusianos hasta Briey.

Entre tanto, sigue la anarquía más completa en las grandes ciudades del Mediodía, como Lyon y Marsella.

De Lyon se han recibido noticias detalladas con fecha 20 del pasado.

El consejo municipal había votado un empréstito forzoso de 30.000,000 de francos; pero convencida al fin la mayoría de la corporación de lo irrealizable del proyecto, modificó su decisión reduciendo la cifra del empréstito á 10.000,000, y dándole un carácter voluntario.

Los antiguos funcionarios de la ciudad que habían sido encarcelados á consecuencia de la proclamación de la república, han sido puestos en libertad, al menos los principales, gracias á la iniciativa del nuevo procurador general, M. Le Royer.

Los individuos puestos en libertad, pertenecientes en su mayor parte á la magistratura, recibieron la recomendacion de que se alejaran sin tardanza de Lyon, lo cual se apresuraron á cumplir. A ninguno de ellos se le ha dicho el motivo de su detencion.

El comité de salvacion pública seguia haciendo registros de casas y prisiones. El convento de los carmelitas ha sido registrado cinco veces, y, por último, fueron expulsados de Lyon los religiosos. El procurador de la Orden, en la prevision de que esto sucediera, habia dado á cada uno de los religiosos 100 francos con que poder atender á las necesidades del viaje, que podia ser forzoso. Pero los individuos del comité le tomaron á cada religioso 80 francos, dejándole solo 20, á pretexto de que era suficiente esta suma para pasar á Suiza. Todos los carmelitas de Lyon han marchado á Ginebra.

Los comisionados encargados de su espulsion, despues de cumplido su cometido, se fueron á la capilla del convento, donde cantaron la *Marsellesa*, con acompañamiento de *harmonium*.

El convento de las monjas de Santa Clara ha sufrido tres registros nocturnos. En el último se presentaron varios hombres armados, y despues de haber reunido á las religiosas y encerrádas en el refectorio, con centinelas á la puerta, procedieron á un registro escrupuloso de la casa. Por toda fortuna encontraron unos seiscientos francos. Hicieron pesquisas en la iglesia, y se apoderaron de la plata, de varios papeles, y de algunos objetos que les convenian.

Iban ya á retirarse dejando á las religiosas en libertad, cuando la superiora pidió con grande energía que se extendiera un acta del registro, que habia de quedar firmada en regla por los que lo habian practicado. Los comisionados entonces, despues de consultarse unos á otros, dejaron sobre el suelo del refectorio todo cuanto tenian dispuesto para llevarse, y se retiraron sin insistir mas.

No salió tan bien librado el Gran Seminario, pues en el primer registro que se hizo en dicho establecimiento fueron sustraídos de él 2,000 francos.

En medio de todo, el gran preboste del comité de salvacion pública, que ha presidido á casi todas las prisiones, parece que se ha fugado, espulsado ignominiosamente por sus mismos colegas á causa de sus proceder indignos.

Proseguian las obras de defensa de la ciudad, en las que se invertian unos 30,000 francos diarios; pero, á pretexto de los trabajos, se estaba dando jornal á mucha gente ociosa.

Un periódico de aquella poblacion hace la siguiente reseña de una de las reuniones públicas allí verificadas:

«Toma la presidencia el ciudadano Saigne (Sangrías), nombre que promete y que cumple sus promesas.

«Nada tan violento, tan triste y tan feroz habíamos oido jamás como la manera de hablar del ciudadano Saigne. Este mozo se burla cuando se le habla de juramentos, de honor, de conciencia. Declara que, por su parte, si hubiera podido descubrir los nombres de los espías asalariados por Napoleon, hubiera *despachado á dos ó tres*.

«Hace temblar el considerar el tesoro de odio amasado en el corazon de estos hombres; odio en que comprenden, no solo á los que les han causado algun mal, sino á todo el que posee alguna fortuna, ó tiene fama de honrado.

«Hé aquí el extracto de las resoluciones tomadas en esta reunion:

«Se levantará un impuesto progresivo y forzoso de 200 millones.

«Todos los ricos que abandonen la ciudad tienen la obligacion de volver antes de cuarenta y ocho horas, bajo pena de muerte.

«Todos los oficiales del ejército nombrados por el Emperador, serán destituidos.

«Los fuertes serán ocupados exclusivamente por la Guardia nacional.

«Se publicarán los nombres de todos los agentes de policía que han servido al imperio.

»(NOTA.—Se matará á los que se pueda.)»

«Estos ciudadanos se quejan de no haber podido encontrar en Lyon impresor que quiera encargarse de publicar el diario de sus sesiones.»

En Marsella parece que el Sr. Esquirós, auxiliado por la Guardia nacional, ha logrado contener algo á los revoltosos; pero, sin embargo, véase lo que escriben á *La Liberté*:

«Aquí existe un cúmulo de cosas raras que nos conducen inevitablemente á la guerra civil. Elementos de todas clases, unos fundidos y otros en competencia, nos tienen colocados en una especie de estado revolucionario, que tiene completamente abolida hasta la sombra de legalidad. El ha creado poderes sin nombre que oprimen ó paralizan las funciones de toda autoridad regular. Todo el departamento está sometido á este régimen, que debe esperarse tendrá fin. Por nuestra parte, estamos dispuestos á prestar nuestro apoyo á quien quiera representar la república honrada, y que se proponga concluir con la guerra civil, lo mismo que con la invasion extranjera.»

¿Quién ha de representar la república honrada? Ya podia haber enseñado la historia á muchos ilusos lo que pueden esperar de la honradez de la república. Por fortuna, eso acabará pronto, porque, considerando el estado de anarquía en que se encuentran Lyon y Marsella, puede asegurarse que no resistirán á los prusianos.

P. C.

#### REVISTA DE LA SEMANA.

Tras de las *Afirmaciones* del general Izquierdo, que era ya un síntoma de oposicion por parte de cierta fraccion política, ha venido un manifiesto llamado de los *montpensieristas*, por mas que el documento no nombra á Montpensier. Firmanlo los Sres. Cantero, Topete, Rios y Rosas, Izquierdo, Lopez Ruiz, Pastor y Landero, y Alvarez Lorenzana, todos conocidos por su aficion al duque francés.

En el tal manifiesto, redactado en forma de carta, para ser dirigida á todas las personas influyentes de Madrid y de las provincias que desean el término de la interinidad, se traza un cuadro sombrío de varios de los males que afligen al país, y en cuyo reconocimiento todos estamos conformes, y se presenta como culpable de todos esos males á la interinidad, y como responsable de la interinidad al *personalismo* del general Prim.

Algo mas lógicos hubieran sido los siete montpensieristas penetrando mas en el fondo de las cosas para encontrar la verdadera causa de nuestro malestar, y no fijándose en la interinidad, que no es mas que uno de tantos males nacidos del mismo origen; pero esto es demasiado pedir á los fautores ó auxiliares principales de la revolucion.

Mas no hemos dicho el objeto del manifiesto. Redúcese este á hacer saber al destinatario de la carta que se ha constituido en Madrid un centro, formado por las siete personas arriba dichas, el cual tiene por objeto trabajar para que cuanto antes se corone el edificio revolucionario, y estimular á los que estén de acuerdo con este pensamiento á que formen en provincias otros centros que secunden los trabajos de Madrid.

Habiendo guardado los firmantes del manifiesto absoluta reserva, la aparicion de ese documento causó general sorpresa, y algunos cayeron en la cuenta de que esa era el principio de la gran comunión pacífica que anunció dias atras un diario montpensierista, y que ha de dar por resultado dominar la maléfica influencia del gobierno personalísimo del general Prim.

Ordinariamente las *comuniones pacíficas* del género de la que se proponen llevar á cabo los montpensieristas por medio de centros ó comités, han solido ser precursoras de otra clase de comuniones no pacíficas. ¿Sucederá entonces lo mismo? Mucho se habla de trabajos que

se supone que hacen los unionistas para alterar lo que aun hoy se llama el *orden*; pero nos inclinamos á creer que esos rumores son hoy prematuros.

\*  
\*\*

Apremiado el general Prim por los republicanos, y por los unionistas, y por el pais todo, que está conforme en que así no se puede continuar, y convencido de que con las actuales Cortes le es imposible subsistir, ha vuelto á su antiguo proyecto de proponer á los constituyentes la ampliacion de facultades al regente y la conversion de la Cámara actual en ordinaria, tras de lo cual no hay para qué decir que vendrá inmediatamente su disolucion.

No es fácil afirmar ni negar hoy cosa alguna respecto al éxito de tal proyecto; pero lo que sí se puede decir es que el general Prim teme bastante no salir airoso, y trabaja hoy mucho para lograr un acuerdo entre los diversos elementos de la Cámara. De todos modos, si el proyecto de ampliaciones se presentase y fuese desechado, creemos que se retiraría el general Prim, y de aquí podría surgir una grave complicacion.

\*  
\*\*

Mientras se piensa en lo que se ha de hacer dentro de un mes, continúa la crisis latente, y parece cosa decidida la salida del Sr. Rivero. Para reemplazarle se ha invitado al Sr. Ruiz Zorrilla, que hoy se encuentra retirado en el Escorial para atender á su salud, segun unos, para significar al gobierno su disgusto por el estado de la cosa pública, segun otros.

Un dia, y otro, y otro, han ido comisionados del general Prim á ver al solitario del Escorial, y ha ido tambien el general Prim, y el mismo regente, encontrándose estos personajes *por casualidad*. Ignórase cuál ha sido el resultado de la visita de estos dos últimos; pero de antes se sabe que el Sr. Ruiz Zorrilla se resistia tenazmente á entrar en el ministerio sin que se hicieran ciertas reformas en cuanto á cosas y personas, y se tomaran medidas para purificar la revolucion.

Despues de todo, algunos creen que el gobierno llegará tal como está á la reunion de Cortes.

¡Siempre la política liberal girando en derredor de las personalidades!

El primer mes de Cortes promete ser divertido.

## CRÓNICA GENERAL DEL MUNDO.

### ESPAÑA.

**La fiebre amarilla.**—Esta epidemia, que sigue afligiendo á algunas poblaciones del litoral, sigue, aunque sin tomar gran incremento, propagándose por los pueblos de la costa. En Bilbao ha muerto un marinero procedente de Barcelona, lo cual ha causado naturalmente alguna alarma, porque la Cantabria, hasta ahora, se habia librado de la plaga.

Los periódicos de Barcelona continúan refiriendo las medidas llamadas *sanitarias* que se adoptan en varios puntos del Principado para librarse de la fiebre amarilla, demostrando que en esta materia, como en todas, reina la mayor anarquía.

El *Diario de Barcelona* refiere algunos escesos cometidos por gentes de Sabiraso, que han llevado el rigor del cordón sanitario, á unos pueblos permitido y á otros no, hasta un extremo verdaderamente cruel.

Salvo esto, y el crónico desorden en que vivimos, no ha ocurrido nada de particular digno de consignarse en esta seccion.

### ESTRANJERO.

**Roma.**—Mereciendo especial mencion los asuntos de Roma, ponemos en este lugar lo mas interesante que han dicho los periódicos sobre este gravísimo asunto.

*L'Unità Cattolica* del 27 decia lo siguiente:

«Empiezan en Roma á cometerse las sacrílegas pro-

fanaciones. Dícense las mayores blasfemias en el *Coliseo*, bañado con la sangre de tantos mártires, y el púlpito que servia á los predicadores del *Via-Crucis*, se ha convertido en tribuna de los demagogos.»

Una correspondencia de Roma dirigida al mismo periódico, dice:

«En los dos primeros dias del régimen italiano en Roma, se han cometido mas de veinte asesinatos á traicion, se han saqueado algunos Palacios, é incendiado algunas casas. El mismo Vaticano estuvo á punto de ser invadido por una turba furiosa.

»Pio IX no tiene segura su vida, y oraba esperando el martirio.

»Algunos de sus familiares, por impulso propio y sin ningun encargo oficial, enviaron á decir al general Cadorna que habiendo producido su entrada tanto desorden, y puesto en riesgo los preciosos dias del Padre Santo, pensase en reparar tan gran daño.

»Entonces mandó á sus tropas acampar en la plaza de San Pedro. Yo no lo creo, pero muchos sospechan que estos desórdenes y estas amenazas contra el Vaticano, tenian por objeto llegar á este resultado.

»Todo es posible en la hipocresía de los *italianísimos*, que conquistan los pueblos con medios *tan morales* como todos sabemos.»

Los zuavos pontificios se han portado valerosamente, distinguiéndose mucho S. A. R. el Sr. D. Alfonso de Borbon y Este, hermano de D. Carlos VII.

Nada mas conmovedor que la despedida de los zuavos, antes de rendir las armas, de Su Santidad, que los bendijo lleno de cariñosa emocion.

La capitulacion de Roma dice así:

«VILLA-ALBANI 20 de setiembre de 1870.

»1.º La ciudad de Roma, escepto la parte que está limitada al Sur por los bastiones de Santo Spirito, y comprende el monte Vaticano y el castillo de Santángelo, y constituye la Roma Leonina, su armamento completo, banderas, armas, polvorines, todos los objetos pertenecientes al gobierno, serán entregados á las tropas de S. M. el Rey de Italia.

»2.º Toda la guarnicion de la plaza saldrá con honores de guerra, con banderas, armas y bagajes. Terminados los honores militares, depondrán las banderas y armas, escepto los oficiales, que conservarán sus espadas, caballos y todo lo que les pertenezca. Saldrán primero las tropas extranjeras, y despues las otras, segun su orden de batalla, con la mano izquierda en la cabeza. La salida de la guarnicion se verificará mañana á las siete.

»3.º Todas las tropas extranjeras serán escoltadas é inmediatamente vueltas á su patria por medio del gobierno italiano. El gobierno queda en libertad de tomar ó no en consideracion los derechos de pension que pudieran haber estipulado con el gobierno pontificio.

»4.º Las tropas indígenas serán constituidas en depósitos, sin armas, con el haber que tienen actualmente, mientras determina el gobierno del Rey sobre su posicion futura.

»5.º Mañana serán enviados á Civita-Vecchia.

»6.º Será nombrada entre ambas partes una comision, compuesta de un oficial de artillería, uno de ingenieros y un funcionario de la intendencia, para el cumplimiento del art. 1.º

»Por la plaza de Roma: el jefe de estado mayor, *F. Rivalta*.—Por el ejército italiano: el jefe de estado mayor, *F. D. Primerano*.—El teniente general comandante del cuarto cuerpo de ejército, *R. Cadorna*.—Visto, ratificado y aprobado, *Kanzler*.»

El general Cadorna ha publicado en Roma la siguiente proclama:

«¡Romanos! La bondad del derecho y el valor del ejército me han conducido en pocas horas ante vosotros, reivindicándoos en libertad. Ya vuestro porvenir y el de la nacion está en vuestras manos. Fuerte con vuestros libres sufragios, Italia tendrá la gloria de resolver finalmente el gran problema que fatiga dolorosamente la moderna sociedad.

»Gracias, romanos, tambien en nombre del ejército, por la benévola acogida que nos haceis. Continúad guardando el orden, maravillosamente conservado hasta ahora; que sin orden no hay libertad.

»¡Romanos! La mañana del 20 de setiembre de 1870 señala una fecha de las mas memorables en la historia. Roma vuelve otra vez, y para siempre, á ser la gran capital de una gran nacion.

»¡Viva el Rey! ¡Viva Italia!

»Roma 21 de setiembre de 1870.—*R. Cadorna.*»

El mismo general ha publicado la siguiente notificación:

«1.º Para la debida unidad directiva de todos los servicios públicos, el comandante del cuarto cuerpo de ejército une, á la autoridad militar, la autoridad sobre todos los servicios públicos y administrativos.

«2.º Conforme al art. 1.º de la notificación del 12 del corriente, el mayor general Masi, encargado del mando militar de la provincia, queda investido de los poderes necesarios para cuidar del orden público, teniendo bajo su dependencia los servicios de seguridad pública, de telégrafos y correos.

«3.º Las administraciones públicas seguirán funcionando como hasta aquí, y por ahora no se innova en las leyes y reglamentos que las gobiernan. Los funcionarios y empleados que se ausenten de sus respectivos puestos serán considerados como dimisionarios.

«4.º Las sentencias serán dictadas en nombre de *S. M. Víctor Manuel, por la gracia de Dios y la voluntad nacional Rey de Italia.*

«5.º Nada se altera por ahora respecto á la recaudación de los impuestos y rentas del Estado, y al pago de la Deuda pública.

«6.º La moneda italiana y los billetes del Banco nacional serán recibidos como moneda legal, tanto en las cajas públicas como en los pagos entre particulares.

»Roma 21 de setiembre de 1870.—*R. Cadorna.*»

Para aliviar al clero y á los fieles de Italia de la inmensa amargura de sus almas al ver prisionero al Vicario de Jesucristo, el ministro de Gracia y Justicia de Florencia ha dirigido á los Arzobispos y Obispos del reino la siguiente circular:

«FLORENCIA 12 de setiembre de 1870.

»A esta hora conocerá V. S. Rma. que las tropas reales entran en el territorio romano.

»El gobierno ofrece al Sumo Pontífice las mas amplias proposiciones para garantir la independencia y la plena libertad en el ejercicio del poder espiritual, y los medios de proveer al mantenimiento de la Santa Sede con todas las oficinas, instituciones, iglesias y entes morales y eclesiásticos existentes en Roma.

»Hagamos votos por que el Santo Padre acepte nuestras propuestas: cualesquiera que sean sus resoluciones, el gobierno no permitirá nunca que nadie irroge la menor ofensa ó insulte á la Iglesia, á sus ministros y al ejercicio de su mision espiritual. Pero al mismo tiempo está decidido á cumplir con su propio deber para con la nacion, no permitiendo que el clero, con cualquier acto ó discurso, ó de cualquier otro modo, intente provocar á la desobediencia á las leyes y á los procedimientos de la pública autoridad, censurando las instituciones y las leyes del Estado, escitando el desprecio ó el disgusto contra las mismas, turbando la conciencia pública y la paz de las familias.

»Contra los culpables se procederá con todo el rigor de las leyes.

»Al participar á V. S. Rma. estas instrucciones del gobierno, confia el infrascrito que V. S. y el clero á cuyo frente se halla, se abstendrán de todo lo que pueda repugnar á aquella caridad de que deben ser autorizados maestros, ó turbar la paz y el orden público de que hoy mas que nunca es vivo el deseo y la necesidad.

»En tal modo se obtendrá que V. S. honre su alta mision, y con templanza imponga templanza á todas las opiniones.

»Le ruego acuse recibo del presente.

»Reciba V. S. Rma. las consideraciones de mi mas distinguido obsequio.—El ministro, *Raeli.*»

Monumento insigne de hipocresía y cinismo, que puede figurar al lado de esta otra carta de Víctor Manuel, entregada al Sumo Pontífice por el conde de San Martino:

«BEATÍSIMO PADRE:

»Con afecto de hijo, con fe de católico, con lealtad de Rey, con espíritu de italiano, me dirijo de nuevo, como lo he hecho ya otras veces, al corazon de Vuestra Santidad.

»Una peligrosa tormenta amenaza á Europa. Aprovechándose de la guerra que está asolando el centro del continente, el partido revolucionario cosmopolita cobra bríos y audacia, y prepara, especialmente en Italia y en las provincias gobernadas por Vuestra Santidad, sus últimos ataques á la monarquía y al Pontificado.

»Ya sé, Beatísimo Padre, que la grandeza de vuestro ánimo estaria siempre á la altura de los grandes acontecimientos que ocurriesen; pero siendo como soy católico y Rey italiano, y en calidad de tal custodio y garante, por disposicion de la divina Providencia y por la voluntad de la nacion, del destino de todos los italianos, siento el deber de tomar, á la faz de Europa y del catolicismo, la responsabilidad de la conservacion del orden en la Península y de la seguridad de la Santa Sede.

»Pues bien, Beatísimo Padre: el estado de los ánimos en los pueblos gobernados por Vuestra Santidad, y la permanencia en ellos de tropas extranjeras, venidas con distintos fines de diferentes países, son un foco de agitacion y de peligros que nadie desconoce. La casualidad ó la efervescencia de las pasiones pueden conducir á violencias y á una efusion de sangre que en mi deber y en el vuestro, Padre Santo, está el evitar de todos modos.

»Yo veo la indeclinable necesidad, para seguridad de Italia y de la Santa Sede, de que mis tropas, acantonadas ya en las fronteras, se internen á fin de ocupar las posiciones indispensables para la seguridad de Vuestra Santidad y el mantenimiento del orden.

»Vuestra Santidad no ha de ver en esta precaucion un acto hostil. Mi gobierno y mis fuerzas se limitarán absolutamente á ejercer una accion conservadora y tutelar de los derechos fácilmente conciliables de las poblaciones romanas con la inviolabilidad del Sumo Pontífice y su autoridad espiritual, y con la independencia de la Santa Sede.

»Si Vuestra Santidad, como no lo dudo, y como su sagrado carácter y la benignidad de su corazon me dan derecho á esperarlo, se halla inspirado de un deseo igual al mio, de evitar todo conflicto y el peligro de un acto de violencia, podrá tomar con el conde Pouza di San Martino, que entregará á Vuestra Santidad esta carta, y que tiene las instrucciones oportunas de mi gobierno, los acuerdos que se crean mas conducentes para conseguir el objeto apetecido.

»Su Santidad me permitirá esperar ademas que en los momentos actuales, tan solemnes para Italia como para la Iglesia y el Pontificado, aumentará la intensidad del espíritu de benevolencia que nunca podrá extinguirse en vuestro pecho hácia este país que es vuestra patria, y los sentimientos de conciliacion que me he esforzado siempre con incansable perseverancia á traducir en actos, á fin de que, satisfaciendo las aspiraciones nacionales, la Cabeza del catolicismo, rodeado del afecto de los pueblos italianos, conserve en las márgenes del Tíber una Sede gloriosa é independiente de toda soberanía humana.

»Vuestra Santidad, librando de tropas extranjeras á Roma, y sacándola del continuo peligro de ser campo de batalla de los partidos subversivos, habrá dado cima á una maravillosa obra, restituido la paz á la Iglesia y demostrado á la Europa, asustada de los horrores de la guerra, que pueden ganarse grandes batallas y alcanzarse triunfos inmortales con un acto de justicia y con una sola palabra de afecto.

»Ruego á Vuestra Beatitud que se digne dispensarme

su bendición apostólica, y reitero á Vuestra Santidad los sentimientos de mi profundo respeto.

»Florescia 8 de setiembre de 1870.—De Vuestra Santidad muy humilde, obediente y afectuoso hijo,—*Vic-tor Manuel.*»

**El Tesoro romano.**—El comendador Giacomelli, enviado á Roma por el ministro de Hacienda italiano Sella, para encargarse de la gestion financiera en los Estados-Pontificios, ha encontrado en el Tesoro 1.000,000 de pesetas próximamente, y en la casa de moneda dos millones y medio en pasta. Estos eran los únicos recursos con que contaba la Hacienda pontificia.

**Protestas.**—Los católicos de Italia, los de Bélgica, y quizás los de todas las naciones de Europa, piensan protestar contra la ocupacion de Roma, y pedir la devolución íntegra de sus Estados al Sumo Pontífice.

**El plebiscito en Roma.**—Esta escandalosa farsa, llevada á cabo por los *italianísimos* bajo la presión de sus bayonetas, ha dado cuarenta mil y tantos votos á Víctor Manuel, contra unos cincuenta á favor del Sumo Pontífice.

¡Y tendrá valor el Rey católico del Piamonte para decir que los votos del pueblo romano le han dado la Corona del pequeño reino pontificio...! La vergüenza no es lo que mas abunda en el mundo.

**Los católicos belgas.**—Dice una carta de Bruselas: «Los acontecimientos de Italia y de Roma comienzan á conmover á nuestros pueblos. Ayer reinaba aquí grande emocion cuando se recibió el parte anunciando que los italianos habian entrado en Roma despues de cuatro horas de lucha. Esa emocion se esplica doblemente, primero por la profunda adhesion de nuestros pueblos al Padre Santo, y luego por la circunstancia de que miles de familias belgas tienen hijos suyos en el ejército pontificio.

»De diez años acá Bélgica ha dado mas de 6,000 zuavos al gobierno pontificio; pertenecen á nuestro pais los principales oficiales de aquel ejército, y es probable que serian los zuavos los que anteayer tratarian de rechazar el asalto dado á la Ciudad Eterna por los soldados italianos.

»Esta mañana un periódico ha publicado una carta anunciando que Pio IX tenia intencion de retirarse á Bélgica. Lo dudo. Sin embargo, sé que católicos eminentes y Prelados venerables de nuestras provincias han invitado al Sumo Pontífice á que se venga á la católica Bélgica si los acontecimientos le obligan á salir de Roma.

»Entre tanto Bélgica es el asilo de la gente imperial desterrada de París por el advenimiento de la república. La princesa Matilde se ha refugiado en Mons; el príncipe Pedro Bonaparte está en Rochefort, villorrio del Luxemburgo. Las ciudades de Namur, Lieja, Gante y Ostende están llenas de chambelanes, damas de honor, caballeros, ayudas de cámara, gentiles-hombres, etc.»

**Peticion del Schleswig-Holstein.**—Con motivo de las victorias alcanzadas por los ejércitos alemanes, el ayuntamiento de Hadersleben (Schleswig) ha pedido al Rey Guillermo que cese la situacion que el art. 5.º del tratado de Praga hace pesar sobre el Schleswig del Norte.

El ayuntamiento de Kiel ha decidido enviar un mensaje al Rey, en el que manifiesta el deseo de que las victorias de los ejércitos alemanes produzcan la supresion de la cláusula del tratado de Praga relativa á la devolución de los distritos del Norte del Schleswig á Dinamarca, visto que estos distritos han formado siempre parte integrante del Schleswig.

La peticion añade que los habitantes del Schleswig-Holstein no consentirán jamás en separar sus destinos de los de sus hermanos del Norte, y que sienten la cláusula relativa á la devolución de los distritos del Norte, sobre todo despues que se ha visto que es imposible encontrar una línea exacta de demarcacion y obtener garantías de Dinamarca. La peticion termina así:

«Confiamos en que agradaará á V. M., en el momento en que Alemania esté unida, y sus fronteras occidenta-

les y sus habitantes alemanes protegidos por una paz duradera, dar tambien al Norte de Alemania la paz tan deseada.»

**El futuro imperio aleman.**—Dice un despacho de Bruselas que uno de los hombres políticos mas importantes del Parlamento de la Alemania del Norte, M. Delbruck, se encuentra hace dias en Ferrières, conferenciando con el conde de Bismark. Estas conferencias tienen por objeto concertar las medidas necesarias para que el Rey Guillermo sea inmediatamente proclamado Emperador de Alemania, con cuyo título desea firmar la paz con Francia.

**La conducta de Inglaterra.**—El ministro del Interior inglés, en un discurso pronunciado en Glasgow el dia 27, dijo que llegará un dia en que Inglaterra deba ofrecer su apoyo para terminar la guerra, y entonces la paz será duradera.

Las heridas de Francia deben cerrarse lo antes posible.

Inglaterra, que confia en la sensatez alemana, espera que las condiciones de paz serán bastante moderadas para no sembrar el germen de una guerra futura.

El *Times* dice que el gobierno inglés no ofrecerá su mediacion antes de saber que Francia y Prusia están dispuestas y de acuerdo sobre ciertos principios.

Todo esto quiere decir que Inglaterra continúa manteniéndose á la capa como hasta aquí.

**Desórdenes.**—En Tolosa (Francia) ha habido desórdenes, provocados por obreros militares llegados de París, donde eran inútiles. Se les ha hecho salir en direccion á Cahors, Montauban y Alby.

**Ultimos despachos.**—En el momento de cerrar el número recibimos los siguientes despachos, de no gran importancia:

»*Neufchateau* 3.—Corre el rumor de que el personaje muerto cuyo féretro pasó por Toul, es el conde de Moltke.

»*Fontainebleau* 3.—El enemigo no ha aparecido todavía.

»Háblase de un encuentro bastante serio, verificado en la selva de Fontainebleau, cerca de Chailly.

»*Bellegarde* 3.—Ciento veinte hulanos han saqueado á Boynes y á Nivelles.

»En Chambon ha tenido lugar un encuentro bastante serio.

»*Berna* 4.—En vista de la marcha probable de los prusianos hácia Belfort, el Consejo federal ha mandado que la novena brigada federal ocupase inmediatamente la frontera.

»*Lisboa* 4 (á las nueve y cuarenta y seis minutos de la mañana).—El marques de Sa-da-Bandeira, presidente del Consejo de ministros, ha retirado la dimision que habia presentado.

»El gabinete se completará cuando se reúnan las Cortes, el 17 del actual.

»Hoy ha sido convocado el Consejo de Estado.

»*El Diario Popular* dice que una persona bien informada le confirma que se trabaja ahora mas que nunca para que D. Fernando acepte la Corona de España.»

#### AMÉRICA Y FILIPINAS.

Hemos recibido por el correo noticias de América y Filipinas, no escasas de interes; pero la falta de espacio no nos permite ni dar de ellas un ligero extracto á nuestros suscritores.

#### PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MES DE SETIEMBRE DE 1870.

**Dia 28.** Por el ministerio de Ultramar se publica un decreto por el cual se dispone que los artículos cuya esportacion se prepare en la aduana de Barcelona con destino á la isla de Cuba hasta la fecha en que se declare limpio aquel puerto, y salgan del mismo dentro de los

quince días siguientes al de la declaración referida, adeudarán en las aduanas de su destino con arreglo al arancel anterior al aprobado por decreto de 10 de setiembre actual. Al efecto, en el mismo decreto se dictan las reglas á que hay que sujetarse para la ejecución del mismo.

—Por el ministerio de Fomento se publica un decreto, por el cual se aprueba el reglamento, que inserta á continuación, para el servicio del instituto geográfico.

**Día 29.** Por el ministerio de la Guerra se publica un decreto, por el cual, atendiendo á los servicios prestados contra los insurrectos de la isla de Cuba por el brigadier D. Zacarías Gonzalez y Goyeneche, y muy especialmente al mérito que contrajo como comandante general de operaciones en los distritos de Sancti-Spíritus, Puerto-Príncipe y Cinco Villas, se le concede la gran cruz del Mérito militar de las designadas para premiar servicios de guerra.

—Por el ministerio de la Gobernación se publica un decreto convocando á los colegios electorales de las circunscripciones de Motril, en la provincia de Granada, y Liria, en la de Valencia, para que procedan á la elección parcial de un diputado respectivamente, en virtud de las vacantes declaradas por la comisión permanente de las Cortes. Las elecciones darán principio el día 21 del presente mes de octubre, y continuarán en los tres siguientes; el segundo escrutinio se verificará el 27 del mismo mes, y el tercero ó general el 4 de noviembre.

—Por el ministerio de Fomento se publica un decreto, disponiendo que la enseñanza oficial de las clínicas de patología general de medicina y cirugía (primero y segundo curso), de obstetricia, patología especial de la mujer y del niño, y las demas que en lo sucesivo se establecerán, correspondientes á la facultad de medicina de la Universidad de Madrid, se dará en las salas del Hospital general.

—Por el ministerio de Ultramar se publica un decreto por el que se convoca á los colegios electorales de la segunda circunscripción de la isla de Puerto-Rico para que procedan á la elección parcial del diputado á Cortes Constituyentes que debe representarla. La elección tendrá lugar en el plazo mas breve.

—Por el espresado ministerio de Ultramar se publica otro decreto aprobando el reglamento, que inserta á continuación, para el cuerpo de empleados de aduanas de las islas de Cuba y Puerto-Rico.

—El cónsul de España en Gibraltar participa con fecha 28 de setiembre que aquella junta de sanidad ha resuelto despedir las procedencias de toda nuestra costa de Levante, escepto las de Almería y Málaga, que sujeta á siete días de cuarentena.

**Día 30.** No contiene disposición alguna de interés general.

#### MES DE OCTUBRE.

**Día 1.º** Por el ministerio de Gracia y Justicia se publica una circular por la cual se dispone que la ley orgánica sobre reforma del poder judicial debe ser guardada y cumplida desde su publicación por los tribunales y juzgados, con arreglo á la ley de 3 de noviembre de 1837, en todo aquello cuya observancia sea posible, antes de plantearse la nueva organización de los tribunales, ó de reformarse los actuales procedimientos civiles y criminales.

—Por el ministerio de Estado se publica el siguiente telegrama:

«Argel 30 (á las cuatro y quince minutos de la tarde).—El cónsul de España al señor ministro de Estado.—Esta junta de sanidad ha resuelto hoy imponer á los buques y pasajeros procedentes de los puertos de España desde Barcelona hasta Tarifa y Gibraltar, siete días de cuarentena y lazareto.»

**Día 2.** Por la presidencia del Consejo de ministros se publican los decretos nombrando presidente de la sección de Gobernación y Fomento del Consejo de Estado á D. Pedro Nolasco Auriol; destinando al consejero D. Francisco Escudero y Azara á la sección de Guerra y Marina del espresado cuerpo y nombrando consejero de Estado á D. Pedro Sabau, destinándolo á la sección de Gracia y Justicia del espresado cuerpo.

**Días 3 y 4.** No contienen disposición alguna de interés general.

A todo el que se suscriba á la Revista por un año, pagándolo adelantado de una vez, á contar desde el tomo III, ó sea desde 1.º de mayo último, se le regalará, además del libro titulado *Vidas de los Mártires del Japon*, ó de los cuatro retratos á que tienen derecho, á su elección, la magnífica obra del P. Magin Ferrer sobre la *Cuestión dinástica*, que se publicó en el primer tomo de la Revista. También se enviarán gratis á los nuevos suscritores los pliegos que iban repartidos antes de aquella fecha de los preciosos proverbios de Luis Veuillot y Octavio Feuillet, cuya publicación se ha terminado recientemente.

#### ADVERTENCIA.

**Rogamos muy encarecidamente á los señores suscritores que se hallan atrasados en el pago de sus abonos, se sirvan satisfacerlos á la mayor brevedad, con lo cual nos evitarán no pocas dificultades y perjuicios en la administración, que para cubrir sus compromisos con la religiosidad que acostumbra necesita que también los señores suscritores sean exactos en sus pagos.**

#### ANUNCIOS.

LA ILUSTRACION POPULAR Y ECONOMICA.—BIBLIOTECA moral.—Se publica en Valencia los días 1, 10 y 20 de cada mes, en esta forma: una entrega de las mas selectas obras religiosas y morales, de doce páginas en folio de impresión sumamente compacta. A cada una de dichas entregas servirá de cubiertas el número respectivo de este periódico.

Precios: Por un mes, ó sean tres entregas, en toda España, un real 50 cént.; un trimestre, 4 rs.; extranjero y Ultramar, un año, 30 rs.

Se suscribe en las principales librerías de España, y en su administración, calle de San Cristóbal, núm. 17, Valencia. Los suscritores de fuera que se dirijan á la administración deberán hacer el pago en sellos de franqueo y libranzas de fácil cobro. Se admiten anuncios á precios convencionales.

¡VIVA EL PAPA INFALIBLE!!—VELADA CRISTIANA SOBRE la infalibilidad pontificia, al alcance de las mujeres y los niños, seguida de la Constitución dogmática sobre el Pontificado, traducida por el ex-catedrático Dr. D. Romualdo Arnal.—Es un resumen jugoso de cuanto se ha dicho y conviene saber sobre esta importante materia, añadido de algunas otras utilísimas que amenizan la principal y distraen gratamente al lector.

Aunque se dice *al alcance de las mujeres y los niños*, sirve mejor para personas de mayor instrucción. Consta este folleto de 132 páginas, en buen papel, excelentes tipos y una bonita cubierta de color.

Se vende, al ínfimo precio de 2 rs., en Madrid, librería de don Miguel Olamendi, Paz, 6, y en la Administración de *El Pensamiento Español*; en Castellón, Sra. Viuda de Perales; D. Antonio Llorens, calle del Agua, 12, y Rovira hermanos; en Barcelona, Sra. Viuda de Subirana, y D. Juan Bastinos; en Valencia, Sucesores de Badal, y D. Juan Mariana y Sanz.

A los librereros y particulares que hagan pedidos por cientos, se les hará una rebaja considerable.

MADRID, 1870.—Imprenta á cargo de D. A. Perez Dubrull, calle del Pez, 3, principal.